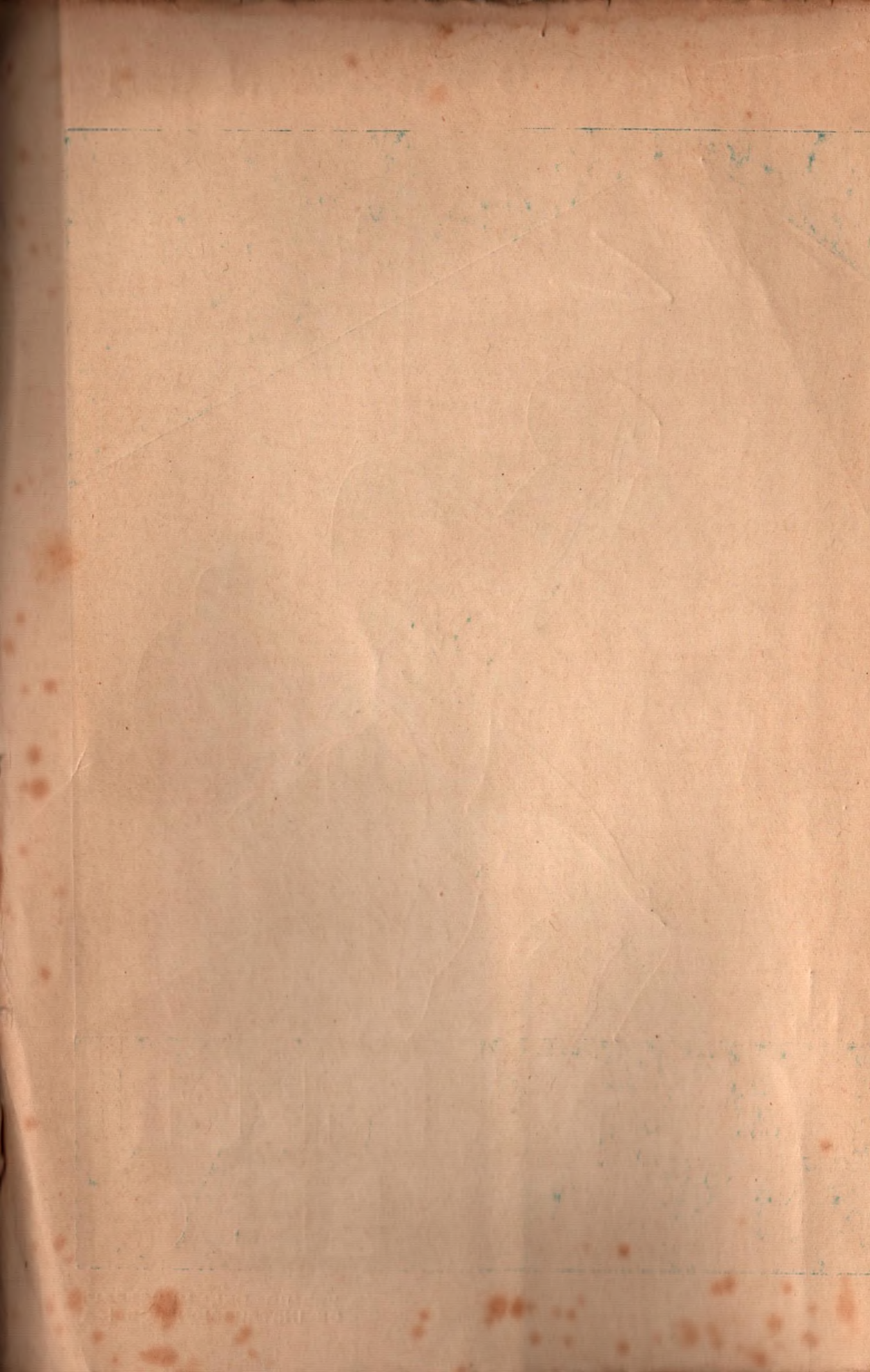


EDMUNDO BIANCHI



PREMIO DEL MINISTERIO
DE INSTRUCCION PUBLICA



A Juan D. Zubillaga
maestro de críticos,
gran escritor.

Con la admiración y
la estima de

Amador D. Bianchi

Marzo de 1933.

leg. 2

1PQ8519. B623. H7



EDMUNDO BIANCHI

EL HOMBRE ABSURDO

DRAMA



PREMIO DEL
MINISTERIO DE
INSTRUCCIÓN PÚBLICA
(AÑO 1932)

*De la biblioteca de
Juan Antonio Zubillaga*

LIBRERÍA "LA FACULTAD"
MAXIMINO GARCÍA SARANDÍ N.º 477
MONTEVIDEO
1933

Q. 293.603



0.293.603

Donación.

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

EL HOMBRE
ABSURDO



DRAMA

PRIMERA PARTE
SEGUNDA PARTE
TERCERA PARTE
CUARTA PARTE

Por el Sr. J. J. Rodríguez
y el Sr. J. J. Rodríguez

IMPRESA LA VENEZOLANA
CALLE LA VENEZOLANA
CARACAS, VENEZUELA
1955

A mis hijos

Marco Aurelio

Ceres

Edmundo.

E. B.

PERSONAJES

EN EL PROLOGO

EL PADRE
LA MADRE
EL HERMANO
EL SUPERHOMBRE

EN EL DRAMA

PEDRO VALDIVIA
MARIA DE VALDIVIA
ROGELIO VALDIVIA
EL INGENIERO ARCE

EL CORO

ARMANDO
ELVIRA
ALICIA
ENRIQUE
BEBE
UN MEDICO
UNA SIRVIENTA

LA VOZ DE LA SOMBRA
LA BESTIA
EL ANGEL
LA SOMBRA ABSURDA
LAS VOCES DEL TRIUNFO

PERSONALES

DR. JOSE L. GARCIA	DR. JOSE L. GARCIA
DR. JOSE L. GARCIA	DR. JOSE L. GARCIA
DR. JOSE L. GARCIA	DR. JOSE L. GARCIA
DR. JOSE L. GARCIA	DR. JOSE L. GARCIA
DR. JOSE L. GARCIA	DR. JOSE L. GARCIA

DR. JOSE L. GARCIA	DR. JOSE L. GARCIA
DR. JOSE L. GARCIA	DR. JOSE L. GARCIA
DR. JOSE L. GARCIA	DR. JOSE L. GARCIA
DR. JOSE L. GARCIA	DR. JOSE L. GARCIA
DR. JOSE L. GARCIA	DR. JOSE L. GARCIA
DR. JOSE L. GARCIA	DR. JOSE L. GARCIA

DR. JOSE L. GARCIA
DR. JOSE L. GARCIA
DR. JOSE L. GARCIA
DR. JOSE L. GARCIA
DR. JOSE L. GARCIA
DR. JOSE L. GARCIA

PROLOGO

PRIMARIO

El presente libro es el resultado de un trabajo de investigación y de una experiencia de enseñanza en el aula, que ha permitido conocer las necesidades y los intereses de los alumnos de esta etapa educativa.

LA LINGÜÍSTICA Y LA LINGÜÍSTICA

La lingüística es la ciencia que estudia el lenguaje humano, su estructura y su uso. La lingüística se divide en varias ramas, como la fonética, la morfología, la sintaxis, la semántica y la pragmática.

LAS VOCES DE LA VIDA

Este libro pretende ser una herramienta para el aprendizaje del lenguaje, que permita a los alumnos comprender y utilizar el lenguaje de manera adecuada en su vida cotidiana.

El lenguaje es una herramienta fundamental para la comunicación y la interacción social. A través del lenguaje, podemos expresar nuestras ideas, sentimientos y necesidades, y podemos comprender a los demás. Por eso, es importante aprender a utilizar el lenguaje de manera adecuada y efectiva.

CONCLUSIONES

En conclusión, este libro es una herramienta para el aprendizaje del lenguaje, que permite a los alumnos comprender y utilizar el lenguaje de manera adecuada en su vida cotidiana. Esperamos que este libro sea de utilidad para todos los alumnos que lo lean.

ANEXOS

PROLOGO

LA VIDA DE LA AIDA

PROLOGO

Se levanta el telón con el teatro a oscuras. En escena, las figuras dispuestas en la forma que se expresa a su tiempo.

LA VOZ DE LA SOMBRA

¡Almas de los hombres! Así, en esta oscuridad, estamos todos. Entre las sombras se agitan los instintos, buscando la plenitud del goce. Escuchad con atención y oiréis el rumor de las mandíbulas infatigables. Es la vida que marcha ciegamente hacia sus ignorados destinos. ¿Quién nos traerá la luz?...

Un reflejo rojizo ilumina, a la izquierda, la cara de EL HERMANO, estereotipada en un rictus de bestialidad. Sobre ella, emerge una figura velada en gasa roja, bajo la cual se adivinan los monstruosos rasgos de LA BESTIA.

LA BESTIA

¡La luz es una mentira! Somos ciegos. Lo que nos guía es el olfato del carnívoro. Hay que ser razonables, ergo: vulgares.

EDMUNDO BIANCHI

EL HERMANO

En su sonrisa de bestial beatitud.

¡Esa es la dicha!

*Otro reflejo, celeste, a la derecha, ilumina
la cara de EL PADRE, de cuyo rostro,
de noble y hermosa vejez, surge como
una radiación de grandeza. Su frente
está inclinada, en actitud pensativa. So-
bre él se eleva otra figura velada en
gasas de ténues colores, tras de las
cuales se adivina la majestuosa eurytmia
de una entidad alada y angélica.*

EL ANGEL

Con voz lírica y llena de fe.

¡No! ¡Hay que creer en la fuerza fecundante del
Bien! ¡Hay que creer en la luz que destella el alma
del Hombre y que se expande a su alrededor sin dejar
un solo átomo en la sombra! ¡Hay que creer que toda
la bondad de Dios viene al alma cuando ésta se siente
arrebatada por el amor humano y por los ideales divinos!

EL PADRE

Levantando la cabeza en un transporte de fe.

¡¡Creo!!

EL HOMBRE ABSURDO

LAS VOCES DEL TRIUNFO

En un estallido victorioso.

¡Pedro Valdivia! ¡Pedro Valdivia!...

EL PADRE

Delirante de orgullo y de fe.

¿No lo oís? Las voces del triunfo son los ecos del gran amor humano.

Se enciende, en el centro, un reflejo blanco que ilumina la faz de EL SUPERHOMBRE, de una impresionante belleza masculina. Es un rostro pálido y joven apesar de sus cabellos prematuramente blancos, —impregnado de una profunda tristeza. En su frente brilla la luz pura de los ideales. Otra figura velada, detrás de él, habla.

LA SOMBRA ABSURDA

¡El amor humano existe, pero está contaminado de traición! Los ideales están fuera de nosotros. Son sólo reflejos fugaces que iluminan nuestras pupilas. La grandeza del hombre se manifiesta cuando sube hasta las estrellas en busca de la pureza.

EL SUPERHOMBRE

La grandeza está en la soledad.

EDMUNDO BIANCHI

LA BESTIA

Todas las purezas son infecundas, y con ellas la humanidad se acabaría.

EL HERMANO

Por eso, sólo es útil el mal, que viola y fecunda.

EL PADRE

La dicha está en el sacrificio por el deber. Todo debe olvidarse por el Bien.

Debajo de EL PADRE, una luz ilumina a LA MADRE, con sus cabellos grises y su rostro en el que la huella de todos los dolores no ha podido velar la augusta grandeza de la maternidad. Parece dormida y habla como en sueños.

LA MADRE

¿Y la Vida? La única razón es el deseo ciego de conseguir, a costa de todo, la sonrisa de nuestros hijos. ¡Ah, la Vida! ¡La Vida!

En la sombra que la rodea se percibe, en un rumor, EL CORO, vivero humano de LOS HIJOS, que se agita con todas sus ansias y sus apetitos instintivos, en derredor de aquel seno palpitante, fuente cálida de la Eternidad.

EL HOMBRE ABSURDO

EL CORO

¡Madre!...

EL HERMANO

La mujer es el instinto eterno. Habla con el lenguaje de los elementos primarios. Es la única que ve en la sombra.

EL ANGEL

Con una actitud de terror femenino.

¿Entonces?...

LA MADRE

En sueños.

¡La Vida!... ¡La Vida!...

EL CORO

En sordina, pero con toda su ansia, en las diferentes voces de Los Hijos.

El Poder... El Amor... El Goce... La Riqueza...
(*En conjunto*). ¡La Vida!... ¡La Vida!...

EL PADRE

A EL ANGEL, que intenta un vuelo de huida; aferrándose a él.

¡Traición!... ¡Traición!... (*Con angustia*) ¿Dónde está el alma?... ¿Dónde está la pureza?...

EDMUNDO BIANCHI

EL SUPERHOMBRE

Con voz de serenidad extraterrena.

// ¡ Sólo en la inocencia y en la muerte!

EL PADRE

Ocultando el rostro entre sus manos.

¿Entonces?...

LA MADRE

Siempre en sueños, con la voz cada vez más débil, impregnada de dicha, mientras su luz, como las otras luces, se va apagando lentamente.

¡La Vida!... ¡La Vida!...

Ya casi no se percibe luz, y en la tenuidad de aquella penumbra irreal,

EL CORO

estalla en un alborozo ahogado por la intensidad del deleite de vivir, y se oyen, en sordina, suspiros de deseo, besos apasionados, exclamaciones de contento infantil, risas apagadas y hondos gritos de goce... Ya se ha hecho oscuro del todo.

De repente, irrumpe en la sombra abso-

EL HOMBRE ABSURDO

luta, una como fuga de alas despavoridas, y EL CORO, entonces, se liberta en un gran clamor de júbilo cósmico.

¡La Vida!... ¡La Vida!... ¡La Vida!...

LUZ

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

LOS HOMBRES

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

LOS HOMBRÉS

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Sala - despacho en casa de Pedro Valdivia. Amueblado modesto en el que resalta una gran biblioteca con libros en desorden. Escritorio con papeles, pruebas de imprenta, expedientes... Dos puertas a la derecha, dos a la izquierda y otra al foro izquierda. Al foro, una gran ventana que da a un jardín. Por la ventana semiabierta se ve el cielo donde muere el día. Al final del cuadro empiezan a apuntar las estrellas.

ESCENA I

PEDRO - MARIA - ARMANDO - ALICIA
ELVIRA

Armando, en un sofá, bebe café y lee un periódico. Alicia se acicala ante un espejo. María, de pie junto a un velador, sirve café. Elvira, en un sillón, hojea una revista. Pedro corrige pruebas, sentado al escritorio, mientras bebe una taza de café.

EDMUNDO BIANCHI

MARIA

A Elvira.

¿Quieres café?

ELVIRA

No, mamá.

PEDRO

Sin dejar de trabajar.

Dame más café, querida.

MARIA

Sirviéndole la taza que ofreció a Elvira.

¡Pedro! Te va a hacer mal. Ya no tienes veinte años.

PEDRO

¿Qué? Los tengo siempre.

ALICIA

Triplicados.

PEDRO

En todos sentidos. Tres veces joven, tres veces optimista. (*A Alicia, mientras señala a Armando*) Eso garantiza a tu marido un buen porvenir.

EL HOMBRE ABSURDO

ALICIA

Sí... si hubiera heredado el talento de su padre...

ARMANDO

En voz baja, a Alicia.

¡Serás tonta!

ALICIA

Haciendo un mohín por el espejo.

Eh!

*Elvira, fastidiada por el gesto de Alicia,
estruja la revista.*

ARMANDO

*Después de fijar su atención
en el periódico.*

Papá, ¿se han declarado en huelga los obreros de tu dependencia?

PEDRO

¿Dice algo el diario?

ARMANDO

Sí, habla de tí.



EDMUNDO BIANCHI

PEDRO

¿Qué dice?

ARMANDO

Lee.

“El único que puede evitar este conflicto es don Pedro Valdivia, nuestro gran escritor, cuyo prestigio popular es indiscutible. Ya que el Estado, queriendo asegurar a Valdivia la tranquilidad que se merece por su obra genial, le dió un puesto tan en desacuerdo con sus aptitudes, por lo menos, que sepa emplear su influencia para que los intereses públicos no se vean lesionados por huelga tan inoportuna...”

PEDRO

Bien, bien...

ARMANDO

Lee.

“Veremos si esa gran figura nacional puede, evitando el conflicto, ser tan eficaz como desempeñando en el Ministerio de Obras Públicas un puesto en el cual creíamos que iba a limitarse a cobrar el sueldo”.

PEDRO

¡Hombre! Menos mal que reconocen que trabajo...

EL HOMBRE ABSURDO

ARMANDO

Bah! Tú debías ser Ministro de Bellas Artes.

ALICIA

Mejor, embajador en París. ¡Ah, París, mi sueño!

PEDRO

¿Y por qué? El Estado me ha dado un cargo modesto en el cual puedo servirlo mucho. Es lo que trato de hacer.

ARMANDO

Yo, en tu lugar, iría a la oficina sólo a cobrar.

PEDRO

¡Hijo mío! ¡Qué concepto tienes del deber!

ARMANDO

¡Bah, bah! “¡El Deber!” ¡Qué antiguo es eso! Cachivaches de “avant-guerre”!

MARIA

Observando como Pedro mira fijamente a

EDMUNDO BIANCHI

Armando con gesto de disgusto. Como para desviar la conversación.

¿Y tú qué tienes que ver con esa huelga?

PEDRO

Los obreros protestan porque se les obliga a venir a cobrar a la Ciudad, mientras ellos quieren que se les pague en las obras. Yo intervine en su favor y el Ministro accedió. Quiso que yo mismo fuera a entregarles el dinero. Iré con el ingeniero Arce.

ELVIRA

A propósito de Arce. ¿Cómo es que no vino a cenar? (A Pedro). Tú lo habías invitado...

PEDRO

Sí, pero precisamente este asunto lo entretuvo.

ALICIA

¿Cómo es eso, Elvira? Antes no te extrañaba que faltara Arce. ¿Es que se va a convertir en el Príncipe Azul?

ELVIRA

Entre dientes.

¡Idiota!

EL HOMBRE ABSURDO

ARMANDO

Ríe.

¡El Príncipe Azul de cabellos blancos!... Decídetes, Elvira. Tienes poco tiempo que perder.

MARIA

Reconviniéndole.

¡Armando!

ELVIRA

Déjalo, mamá. Déjalo que se burle. (*A Armando*). Ya soy vieja, lo sé... (*Baja la cabeza, reteniendo un sollozo*).

ARMANDO

A María-

¡Es que ésta no se decide nunca!

ELVIRA

Levantándose, llorosa, reteniendo su indignación.

¿Tengo yo la culpa... de no ver nunca a nadie... de no conocer a nadie?... Mi Príncipe Azul... (*A Armando*). Si todos son como tú, preferiría... (*Se echa a llorar desesperada, ocultando el rostro entre las manos*).

MARIA

A Armando, que ríe con Alicia.

¡Qué cruel eres!

EDMUNDO BIANCHI

PEDRO

*Levantándose y yendo hacia Elvira.
A Armando.*

¿Qué has hecho? (*Va a acariciar a Elvira pero ésta se esquivo*). Hijita, ven... Tu Príncipe Azul llegará, apesar de las bromas crueles...

ELVIRA

Casi con violencia.

¡Oh, papá, papá! No me engañes más... Ya no creo!

PEDRO

Con la mirada en alto, como en éxtasis.

¡Ah, si por mí fuera, por verte feliz, se abriría el cielo y de lo más azul bajaría un arcángel nimbado de estrellas, trayéndote todas las dichas del paraíso... (*Besa a Elvira*). No llores, bien mío...

MARIA

A Elvira, que intenta irse.

¿Te vas?

ELVIRA

Sí. (*Mutis, segunda izquierda*).

EL HOMBRE ABSURDO

MARIA

¡Ah! ¡Qué miedo me da esa muchacha!

ALICIA

A Armando.

Voy a ponerme el sombrero. Vamos al cine.

ARMANDO

Y tráeme el mío.

MARIA

A Alicia.

¿Le diste el biberón a Pilulo?

ALICIA

¡Oh, me olvidé!

MARIA

Deja. Yo se lo daré. ¡Hijita!... Tú no naciste para esto.

ALICIA

Preferiría ser aviadora. ¡Me seduce el peligro! ¡Eso otro es una vulgaridad! (*Mutis tarareando*).

EDMUNDO BIANCHI

MARIA

A Pedro, que sale.

¿Te vas a acostar?

PEDRO

Tengo que trabajar hasta tarde. Si llega Arce, háganlo subir. (*Mutis, segunda derecha*).

ESCENA II

MARIA — ARMANDO

MARIA

Sentándose junto a Armando y apartando el diario que éste lee.

Has sido malo con tu hermana... Esto no puede seguir así!

ARMANDO

¿Ya vas a llorar?

MARIA

¡Cómo sabes que en esta casa yo derramo las lágrimas de todos!

ARMANDO

Sin embargo papá...

EL HOMBRE ABSURDO

MARIA

¡Oh, él vive demasiado alto! Confiados en él, nos hemos abandonado al destino...

ARMANDO

Mamá...

MARIA

Sí, Armando. Tú, por ejemplo, ¿qué piensas hacer? ¿Y tu exposición?

ARMANDO

Y... ya sabes que yo pinto despacio... ¿Para qué me voy a apresurar? ¿Para que me vuelvan a repetir que soy un fracasado? ¡Pasatistas! (*Pausa*). Pero ¿tú crees que me hace gracia mi situación? ¡Soy un artista! Si papá hubiera querido ayudarme... ¿Por qué no pidió para mí la beca en Europa? A él no se la hubieran negado. Pero no! El pide para los demás, y a la familia, palabras muy bonitas... ¡Así estamos todos! Nos reparte pan de gloria...

MARIA

¿Y acaso no es un orgullo nuestra pobreza?

ARMANDO

Sí; para él, sí. A él le basta ser el gran poeta, el

EDMUNDO BIANCHI

hombre íntegro. Pero nosotros, entre tanto... insignificantes y pasando miseria... ¡Sí, miseria! ¡Y todavía tenemos que sonreírle, para que nos crea felices! ¡Dílo, dílo tú, mamá, si no es verdad! (*María llora y asiente con la cabeza*). ¿No lo ves? Si hace poco, cuando Elvira lloraba por su soltería, me daban ganas de decir de quién era la culpa. ¿Cómo se va a casar si nunca sale, si no le han hecho conocer nada? Y siempre con trapitos baratos... ¿Quieres que te diga una cosa? Papá será todo lo grande que tú quieras; será el primer hombre del país, pero es un egoísta!

MARIA

Bueno, Armando... No te agites... Yo hablaré con él... ¡Esta vez defenderé esa dicha que no quiero que se nos vaya!

ARMANDO

Voy a ver si Alicia se vistió. (*Mutis. María seca sus lágrimas. Entra la sirvienta*).

ESCENA III

MARIA — SIRVIENTA — ELVIRA

MARIA

A sirvienta.

¿Todavía duerme el señor Rogelio?

EL HOMBRE ABSURDO

SIRVIENTA

Sí, señora. Lo he llamado, pero dice que no quiere comer.

MARIA

Iré a verlo yo.

SIRVIENTA

Está allí el señor Arce.

MARIA

Avísele a la señorita Elvira. (*A ésta, que entra*). Ahí está Arce. Recíbelo, que yo voy a despertar a ese holgazán. (*Mutis segunda derecha*).

ELVIRA

A sirvienta.

Hágalo pasar.

Mutis sirvienta. Elvira corre a un espejo y se acicala rápidamente. Hace un gesto de disgusto por no encontrarse preparada, pero se domina a la entrada de Arce.

EDMUNDO BIANCHI

ESCENA IV

ELVIRA — ARCE

ARCE

Entra por el foro. En su palidez resaltan dos ojos profundos y tristes. Tiene el cabello casi blanco, pero su rostro y su porte denotan juventud.

Buenas noches, señorita Elvira.

ELVIRA

Buenas noches, señor Arce.

ARCE

Algo cohibido.

Creí que estaba aquí el señor Valdivia...

ELVIRA

Está arriba. Le espera a usted.

ARCE

Voy a dejar esta cartera aquí. (*Pone la cartera que trae, sobre el escritorio*). Con permiso. (*Va a irse por primera derecha*).

EL HOMBRE ABSURDO

ELVIRA

Señor Arce...

ARCE

Se detiene.

Señorita...

ELVIRA

¿Cómo no vino a cenar?

ARCE

He de decirle con franqueza que ni me acordé. Se trata de evitar un grave conflicto. Hay de por medio mucha gente humilde... *(Pausa. Luego, repentino).* Con permiso. *(Se encamina de nuevo a derecha).*

ELVIRA

Se ve en su rostro la lucha interior. Su mirada es dura; calcula la distancia como para un salto. Decidiéndose, con un poco de imperio en la voz.

Señor Arce.

EDMUNDO BIANCHI

ARCE

*Volviéndose, con un pequeño sobresalto,
la voz velada por la emoción.*

Señorita...

ELVIRA

*Cambia de expresión frente a la mirada
de Arce. Da a su voz un acento que
demuestra interés.*

Señor Arce... ¿Es cierto que guarda usted una gran
tristeza?...

ARCE

*Sorprendido, como si le hubieran descu-
bierto su íntimo secreto. Un poco bal-
buciente.*

¿Quién le dijo?...

ELVIRA

*Algo confundida, buscando una explica-
ción, sin mirarle.*

Nadie... Yo... (Decidida). Yo lo adiviné.

EL HOMBRE ABSURDO

ARCE

Estupefacto.

¿Y usted... se fijó en mí?

ELVIRA

Audaz, mirándole a la cara.

Sí.

ARCE

Pasándose la mano por los cabellos; luego se mira a sí mismo. Enseguida dirigiendo los ojos al vacío como abstraído en un recuerdo. Mira a la cara a Elvira, con una leve sonrisa de incredulidad.

Gracias, señorita... Es usted muy amable. (*Queda mirándola algo confundido*).

ELVIRA

Acercándose y mirándole a los ojos como si en su fondo quisiera ver algo.

¡Oh, sí! ¡Ahora lo veo!

EDMUNDO BIANCHI

ARCE

¿Qué?...

ELVIRA

Ese dolor... (*Con un matiz de provocación*). Es que mira usted tan poco a los ojos...

ARCE

Siente una ráfaga de deseo. La mira fijamente. Luego desvía su vista con profunda tristeza, y con una sonrisa melancólica hace un gesto que parece indicara: "¿Para qué?". Volviendo a su dominio.

¿Es que se ve algún dolor en mí?

ELVIRA

No sé... Es usted tan distinto a los demás...

ARCE

¡Oh, no es cierto, señorita!... Soy un hombre vulgar como todos. Todos somos así... Ya lo sabrá usted el día que se case, cuando salga de aquí, donde hay un ser verdaderamente superior: su padre.

EL HOMBRE ABSURDO

ELVIRA

Un poco desilusionada.

Sin embargo, yo creía...

ARCE

Terminando su pensamiento.

...que yo fuera un ser excepcional, ¿verdad? ¡Oh, yo quisiera ser eso que usted se imaginó...! No por ambición... Siquiera para... para ofrecerle una amistad menos humilde...

ELVIRA

¿Y acaso no me hace feliz esa amistad?

ARCE

Trastornado.

Si yo supiera que ella le dá a usted un poco de dicha!... *(Elvira baja la cabeza. Pausa. El, queriendo evitar el abismo).* Voy a ver a su padre... *(Se vuelve).*

ELVIRA

Desolada.

¿Se va?... *(Arce se detiene, cabizbajo. Ella le tiende*

EDMUNDO BIANCHI

una mano). Déjeme siquiera la seguridad de esa amistad.

Arce, repentino, le estrecha la mano, y ya en el vértigo va a besársela cuando oye hablar adentro a María y Rogelio que se acercan. Mutis Arce. Elvira, estremecida aún por la violencia de su alma, mira hacia donde se ha ido Arce. Su fisonomía se va serenando. Se ve que piensa, que pesa sus razonamientos. Luego, como decidida, hace un enérgico gesto afirmativo, que retiene a la entrada de María y Rogelio.

ESCENA V

MARIA — ROGELIO

MARIA

A Rogelio.

¿No quieres comer nada?

ROGELIO

Cincuenta años. Bajo su indumenta desaliñada hasta el abandono, en su fisiología deformada y torpe por la enfermedad y el vicio, se ve aún la antigua

EL HOMBRE ABSURDO

distinción de raza. El costado derecho de su cuerpo está entorpecido por la hemiplegia y su lengua se traba algo cuando habla. En sus ojos, velados por la niebla alcohólica, hay todavía, a ratos, la fosforescencia del orgullo, del cinismo y de la violencia del conquistador amoral...

¡Te he dicho que nada, María, nada!

MARIA

Come algo. Te vas a debilitar. Elvira, prepárale un poco de café con leche. (*Mutis Elvira*).

ROGELIO

No quiero nada. No ando bien del estómago.

MARIA

Tú no andas bien del corazón.

ROGELIO

Lo que no marcha es el bolsillo.

EDMUNDO BIANCHI

MARIA

¡Eres un ingrato!

ROGELIO

¿Ya me vas a sermonear? ¡Miren que a mi edad, recibir sermones de mi cuñada! Sinembargo tienes razón. No tengo perdón de Dios. Pero ya me desperté. Quiero serles útil en algo... Si fuera en otro tiempo... Tú sabes cómo se cotizaba mi pluma. Cuando se quería derribar un ministerio, era Rogelio Valdivia el indicado. Y tú sabes que peleaba con la pluma y con la espada... Pero ahora... así...

MARIA

Pero si no te pedimos nada...

ROGELIO

Pues no quiero ser más el parásito. Y ya tengo el medio. Es algo importante... y matemático. Es una casa de juego nueva. Va nada más que gente de campaña... Pero se necesita dinero...

MARIA

¿Qué es eso? ¡Eso es una trampa!

E L H O M B R E A B S U R D O

ROGELIO

¡Es la fortuna, María! Consígueme plata... Te juro que después seré otro.

MARIA

¡Oh, Rogelio! ¡Tú no te corriges más!

ROGELIO

Irritado.

Bueno, ¿me consigues o no esa plata? Si no, se la pido yo mismo a Pedro.

MARIA

¡Yo lo impediré!

ROGELIO

Tú no te metas en asuntos de hombres. Tú, llora, que es tu deber. Para eso nacieron ustedes.

MARIA

¡Cínico! ¡Ni la enfermedad que Dios te ha dado te cura!

EDMUNDO BIANCHI

ROGELIO

Fastidiado.

¡Déjame tranquilo!

ESCENA VI

ROGELIO — ENRIQUE

ENRIQUE

Veintiseis años.

¿Qué? ¿Ya estás llorando, mamá? ¡Todo lo arreglas con lágrimas! (*María se va*).

ROGELIO

Y, ¡no creas! De tres veces que lloran, una les resulta, por lo menos. ¡Las mujeres!

ENRIQUE

¡Las mujeres! En eso tú fuiste catedrático, ¿eh?

ROGELIO

Sentándose, saca naipes del bolsillo y comienza un solitario.

¡Bah! ¡Así, así!...

EL HOMBRE ABSURDO

ENRIQUE

¡Vamos! ¡No te hagas el modesto! Si sabemos que eras un coloso. (*Con interés*). ¿Por qué no me enseñas algún golpe secreto para las féminas; de esos reservados para las grandes ocasiones?

ROGELIO

En eso, no hay más que un secreto: audacia. Persíguelas a todas. De tres, dos se burlarán de tí, pero la tercera llorará por las otras dos.

ENRIQUE

¡Qué talento! ¡Y pensar que dicen que no sirves para nada!

ROGELIO

Bueno. A tí te consiento la ironía, porque como discípulo mío eres bastante aprovechadito.

ENRIQUE

¡Yo quisiera serle útil a papá!



EDMUNDO BIANCHI

ROGELIO

Haz como yo. A tu padre le soy de altísima utilidad. Soy el fondo de su retrato, la parte oscura. Así él resalta más.

ENRIQUE

Interesándose en el solitario.

Se te escapa una sota.

ROGELIO

Es cierto...

ENRIQUE

Pero, dime, tío: ¿toda la vida fuiste así? Según papá, tú eras inteligentísimo; el periodista más brillante de tu tiempo... Y además, buen mozo, tenorio, espadachín...

ROGELIO

Tenía algunas condiciones... Y ahora, aquí me ves.

ENRIQUE

Llorando lo perdido...

EL HOMBRE ABSURDO

ROGELIO

Me resigno. Hice mi vida. Me burlé de todo y de todo gocé. Fuí un precursor. Me adelanté a esta época tan hermosa en que la moral es una vieja ridícula, con trapos de antaño. En mi tiempo los que se las daban de honestos dijeron de mí que no tenía escrúpulos. Sí... “¿Qué diferencia hay entre ustedes y yo?”, —les dije una vez.— “En que ustedes tienen la picardía de esconder sus vicios y yo tengo la honradez de declarar mi picardía...” ¡Bah, bah!... Todos son honrados... buenos... A mí me hacen reír estos buenos que no matan una vaca porque es un crimen y sin embargo se comen las chuletas.

ENRIQUE

Todo eso, tío, son paradojas. El honor es necesario.

ROGELIO

Sí, es el traje de ceremonia. Un montón de paño para cubrir la desnudez. Por eso todos andamos locos por quitarnos la ropa.

ENRIQUE

¡Ah, mi Dios! ¡Y hay tantos por ahí que gozan de todo porque perdieron la vergüenza!

EDMUNDO BIANCHI

ROGELIO

¿Y qué haces tú que no los copias? ¡Ah! ¡Si yo fuera joven! ¡Ahora sería mi época! Sería un tipo de moda. Yo viví en la edad de las grandes frases, y porque me burlé de ellas me quisieron lapidar. En cambio, si hoy resucitara Víctor Hugo, lo desinfectarían. El mundo ha cambiado de decoración. Los poetas se han quitado la barba y muestran las mandíbulas. ¡Nada de frases! A ver... Mírame. ¡Yérguete! ¡Qué hermoso eres y cómo te tiemblan los ojos de deseo! Así era yo, y ante un mundo hostil, me devoré una época! Pero ahora el mundo marcha con otras ideas. Esta es la época de Pandora... ¡Trágate al mundo, fierecita!

ENRIQUE

¡Ah, si lo deseo! Ya estoy harto de estudiar... Yo no nací para eso... A mí lo que me hace falta es buena ropa y un doble-faeton de ocho cilindros... y un par de criaturas, una rubia y una morena y ¡adelante el loco Valdivia! ¡Cien kilómetros por hora! ¡Mi Dios!

ROGELIO

¡Lindo pichón! ¡De mi sangre! ¡Eres mi única debilidad en esta familia!

EL HOMBRE ABSURDO

ESCENA VII

DICHOS — ARMANDO

ARMANDO

Con el sombrero puesto. Desde la puerta ha escuchado el final del diálogo anterior.

¡Claro! ¡Cómo no va a ser tu debilidad si te copia tan bien! (*Se acerca a Rogelio*).

ENRIQUE

Vale más que te ocupes de lo tuyo! Pero como no tienes nada que hacer...

ARMANDO

¡Eres un insolente!

ESCENA VIII

DICHOS — ELVIRA

ELVIRA

Entra con una taza en la mano. Oye las palabras de Armando.

¿Qué? ¿Qué es eso? (*A Rogelio, dándole la taza*). ¿Y tú qué haces? ¡Puede oír papá!

EDMUNDO BIANCHI

ARMANDO

¡Valdría más que oyera y ésto estallara de una vez!

ELVIRA

¿Y eres tú quien lo dice?

ARMANDO

¡Ah, ya vino la cosa!... Vamos, desahógate... Somos muchos para el mendrugo, ¿verdad?

ELVIRA

Sí! ¿Lo quieres con más franqueza? ¡Eso! Eramos poca cosa para tí cuando tenías plata... Poca cosa para tu señora, de apellido patricio... Pero ahora no, ¿eh? ¡Cállate! Y todavía te burlas y me insultas. ¡Tú y ella!

ENRIQUE

¡Claro! Como no eres de su clase...

ARMANDO

¡Imbécil!

EL HOMBRE ABSURDO

ENRIQUE

¡Fracasado!

ARMANDO

Exasperado.

¿Qué dices? (*Avanza. Elvira dá un grito.*)

ROGELIO

*De pie. Deteniendo a Armando.
En voz baja.*

¡Eh!... ¡Cállense la boca! ¡Que no los oiga papá!...
¿No ven que él cree que aquí somos todos felices?

ARMANDO

¿Y tú con qué derecho hablas? Somos los hijos. Tú eres el intruso.

ROGELIO

Yo soy el único que no lo engaña. Ustedes, en cambio, le sonríen. Así trabaja contento el loco Valdivia...

ELVIRA

¡Cínico!

EDMUNDO BIANCHI

ARMANDO

Avanza.

¡Miserable!

ROGELIO

Alarmado, grita.

¡Eh! ¿Qué?

ENRIQUE

*Tapándole la boca, mientras Elvira corre
a cerrar la puerta primera derecha.*

¡Cállate la boca!

ROGELIO

Ríe al ver que todos se han serenado.

¡Ah, tienen miedo! Muy bien... Así todos estamos
de acuerdo.

ESCENA IX

DICHOS — MARIA — ALICIA

MARIA

Atraída por el rumor.

¿Qué pasa? ¿Qué hay?

EL HOMBRE ABSURDO

ROGELIO

Nada. Lo de siempre. La riña de gorriones por el grano de alpiste.

MARIA

Desolada.

Pero, hijos míos... ¿Cuándo terminarán estas rencillas?

ALICIA

Entra, segunda derecha.

Vamos, Armando. (*Ve la escena*) ¿Qué pasó?

ARMANDO

Nada. Vamos. (*La toma del brazo. Van saliendo*).

ALICIA

Mirando con desprecio a todos.

¡Chusma! ¡No ser hombre yo! (*Mutis con Armando*).

ENRIQUE

A María.

Vamos, mamá... No llores. (*A Elvira*). Tráeme el sombrero. (*Sale Elvira. Suena el teléfono*).

EDMUNDO BIANCHI

ESCENA X

MARIA — ENRIQUE — ROGELIO — ELVIRA

MARIA

¡Y tú les dejas pelear, Rogelio!...

ROGELIO

Que ha vuelto a su taza.

¿Qué quieres que les haga? Si ya me perdieron el respeto!

Vuelve a llamar el teléfono.

ELVIRA

Entra.

Ahí tienes tu sombrero. (*Mutis*).

ENRIQUE

Llevándose a su madre y haciéndole mimos.

Mamaíta querida... ¿Me vas a dar aquéllo?

MARIA

Pero hijo... ¿Qué haces con el dinero?

EL HOMBRE ABSURDO

ENRIQUE

¡Qué gracia! ¡Gastarlo!

Mutis ambos por segunda izquierda. Sigue sonando el teléfono.

ESCENA XI

ROGELIO — PEDRO

PEDRO

Entra apresurado por primera derecha.

¡Pero qué demonio! (Se dirige al teléfono y dá timbre). Desde arriba lo estoy oyendo hace una hora! (Con el tubo en el oído) ¡Hola! ¡Hola! ¡Ah! ¿Cómo está, señor ministro? Valdivia, sí. Sí. ¿Quién, Arce? Sí, está aquí hace rato... Trajo el dinero, sí señor... Estamos con las planillas. Se pagará de presente, pasado mañana... ¡Oh, gracias! No, no. No es nada! Gracias. Hasta el lunes, señor ministro.

ROGELIO

A Pedro, que abre un cajón y saca unos papeles que observa.

Cuando te desocupes tengo que hablar contigo.

EDMUNDO BIANCHI

PEDRO

*Que no lo había visto o no quería verlo.
Con aire de disgusto.*

¡Ah! ¿Estabas ahí? Puedes ahorrarte lo que pensabas decirme. María ya me lo ha contado todo.

ROGELIO

¿Te lo dijo?

PEDRO

Trata de tener calma.

Pero, ¿es posible, Rogelio, que tú hayas tramado una cosa semejante?... ¡Tú no puedes deshonorarte más!... ¿No te basta todo lo que me has hecho sufrir?

ROGELIO

¡Quién sabe cómo te contó las cosas María!... Yo te voy a explicar...

PEDRO

No, Rogelio. No quiero saber nada. Sé que es una cosa que te deshonraría; que nos deshonraría a todos.

EL HOMBRE ABSURDO

ROGELIO

Gritando.

¡Pero oye, pues! (*Con calor*). ¡Eso es una fortuna!
Tu estás necesitado... ¡Así te ayudo!

PEDRO

Reteniendo un vértigo de violencia.

¡Oh! (*Con calma forzada*). ¡Me has degradado a tal
punto con tu contacto, que ya ni me indigno!

ROGELIO

Siempre con la idea fija.

Pero, dime... Oye... ¿Has pensado bien que es una
fortuna?

PEDRO

*Lo mira como para acometerlo, pero
luego, con una larga risa que rompe
en un sollozo, levantando los ojos al
cielo, mientras pone sus manos en los
hombros de Rogelio.*

Tito... Me acuerdo de cuando eras niño... Tenías

EDMUNDO BIANCHI

el cabello largo y te caían unos anchos rizos sobre la frente... Mamá te besaba los grandes ojos inocentes... ;Y yo te tenía envidia! ;Y ahora...! ;Míralo a tu Tito, madre! (*Mirando a su hermano, abrazándolo y besándolo en un impulso irresistible*). ;Tito!... ;Tito!... ¿Por qué no eres bueno?

ROGELIO

Con la mirada en el suelo, aullando su obsesión.

Te garantizo una fortuna! (*Pedro lo rechaza, asqueado. Rogelio se sienta, con la mirada extraviada, las manos en un acentuado temblor, como si se agravara su dolencia. Después de una pausa*) Oye, Pedro... (*Este, que se iba lentamente, pensativo, se vuelve*).

Dáme un cigarro.

Pedro lo observa, hasta que un gesto de compasión se dibuja en su rostro. Va al escritorio, saca una caja de cigarros y le dá uno. Luego, viendo que Rogelio busca fósforos, enciende y le dá lumbre. Rogelio se levanta penosamente, siempre agitado por su temblor, encaminándose hacia primera derecha.

EL HOMBRE ABSURDO

PEDRO

¿Te sientes mal?

ROGELIO

Alzando los hombros.

No.

PEDRO

¿Te vas?

ROGELIO

No sé... Tengo que pensarlo. (*Mutis*).

ESCENA XII

PEDRO — MARIA

Pedro va al escritorio, abre la cartera que ha dejado Arce, saca el dinero y se pone a contarlo.

MARIA

Por la izquierda.

¿Qué es eso?

EDMUNDO BIANCHI

PEDRO

Terminando de contar.

Cuatro mil doscientos. (*A María*). El dinero para los obreros. (*Lo pone en un cajón del escritorio*).

MARIA

¿Regañaste a Rogelio?

PEDRO

Sí. Me prometió corregirse.

MARIA

¡Ah, Pedro! Eres demasiado bueno. Nos haces mal a todos con tu bondad.

PEDRO

No blasfemes, mi amor. El bien nunca se pierde.

MARIA

Yo quiero defender a mis hijos. Tú eres peligroso. ¡Sí, sí! Tú no eres la razón... ¡Tengo miedo!... (*Pedro*

EL HOMBRE ABSURDO

intenta hablar). No; no hables. ¡Yo sé que si hablas me embriagas! No aproveches ese poder para desarmarme en este momento en que defiendo todo lo nuestro... ¡Pedro mío! No vuelas tan alto... Ven a tu nido que está aquí abajo...

PEDRO

¿Por qué me pides que deje mi vuelo cuando quiero elevarlo cada vez más para traer a mi nido las glorias más puras? Yo sé que mi pan es mezquino; pero es todo lo que puedo dar. ¿Qué más quieres de mí? Dílo, María...

MARIA

Yo no sé... No sé... ¡Tú eres toda la Bondad!...

PEDRO

¿Qué más quieres? Nuestros hijos felices en derredor nuestro... Y este roble viejo que los cobija con esta cúpula florida que tú quieres bajar de los cielos...

MARIA

¡Oh, no, Pedro! ¡No! ¡Así siempre! ¡Alto, muy alto, y nosotros en tu sombra de amor! ¡Todos juntos!

EDMUNDO BIANCHI

PEDRO

Sonriendo en su beatitud.

Así... Así... ¡Qué mansa caerá, así, la nieve de los últimos inviernos, sobre nuestras cabezas!... (*Austero, como transubstanciado en la eternidad*). Llegará hasta nosotros el anochecer, en una calma majestuosa y serena que nos hará sentir cómo somos los hijos predilectos de Dios...

MARIA

Ya en toda la embriaguez.

¡Oh, mi poeta!

PEDRO

Sí, sí... Déjate embriagar... Y ahora, más: mira! (*La besa repetidas veces en la frente*). Así, así...

ESCENA XIII

DICHOS — ROGELIO

ROGELIO

Por segunda derecha, a Pedro, que le da la espalda.

Oye, Pedro... (*Este se vuelve*). ¿Quieres darme unos cigarros?

EL HOMBRE ABSURDO

PEDRO

Volviéndose a medias, con voz y gesto en los que se ve que guarda algo de resentimiento hacia Rogelio.

Ahí los tienes. (*Señala el escritorio. Mutis por segunda izquierda con María.*)

ESCENA XIV

ROGELIO

Aún se estremece con aquel temblor de enfermedad. Va lentamente hacia el escritorio y queda un momento recostado de espaldas a él, pensativo. Estira la mano hacia atrás y toma la caja de cigarros que está sobre la carpeta. La abre y la ve vacía. Da un rodeo al escritorio; abre los cajones. De uno de ellos saca una caja de cigarros, de la que extrae dos o tres y los guarda. Vuelve a poner aquélla en su sitio, pero al querer cerrar el cajón, éste resiste. Ve entonces el dinero. Primero, gesto de asombro; luego, un grito de júbilo.

¡Ah!

Mira a todas partes con recelo; alarga la

EDMUNDO BIANCHI

mano, pero oye ruido. Cierra el cajón rápidamente y, con toda presteza, volviéndose a cada paso, mira con ansia el escritorio y se va por segunda derecha.

ESCENA XV

PEDRO — ARCE

PEDRO

Sale de segunda izquierda y se dirige a derecha, cuando ve salir a Arce por la derecha.

Iba a subir a ayudarle.

ARCE

Ya está todo hecho.

PEDRO

Así es que irá usted solo a pagar. No quiero discursos de agradecimiento.

ARCE

Lo sentirán mucho. Yo vendré aquí el lunes, a recoger el dinero. A las nueve de la mañana.

EL HOMBRE ABSURDO

PEDRO

Entendidos. Ahora descansenos. Tomaremos aquí el café.

ARCE

*De pie, junto a la ventana, mirando al
cielo donde el destello estelar se va
haciendo más intenso.*

¡Qué hermoso crepúsculo!... ¡Ya empiezan a asomar las estrellas...

Vol. 14, No. 1, January 1, 1917

Subscription price, \$5.00 per annum in advance

Single copies, 15 cents

Entered as second-class matter, June 26, 1911
Postoffice at Chicago, Ill., under special permission of postoffice department
Acceptance for mailing at special rate of postage provided for in Act of October 3, 1917
Authorized by Act of October 3, 1917

CONTENTS

THE JOURNAL OF THE AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION
PUBLISHED WEEKLY
CHICAGO, ILL., U.S.A.
1917

Vol. 14, No. 1, January 1, 1917
Subscription price, \$5.00 per annum in advance
Single copies, 15 cents

Entered as second-class matter, June 26, 1911
Postoffice at Chicago, Ill., under special permission of postoffice department
Acceptance for mailing at special rate of postage provided for in Act of October 3, 1917
Authorized by Act of October 3, 1917

THE JOURNAL OF THE AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION
PUBLISHED WEEKLY
CHICAGO, ILL., U.S.A.
1917

Vol. 14, No. 1, January 1, 1917
Subscription price, \$5.00 per annum in advance
Single copies, 15 cents

Entered as second-class matter, June 26, 1911
Postoffice at Chicago, Ill., under special permission of postoffice department
Acceptance for mailing at special rate of postage provided for in Act of October 3, 1917
Authorized by Act of October 3, 1917

THE JOURNAL OF THE AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION
PUBLISHED WEEKLY
CHICAGO, ILL., U.S.A.
1917

Vol. 14, No. 1, January 1, 1917
Subscription price, \$5.00 per annum in advance
Single copies, 15 cents

Entered as second-class matter, June 26, 1911
Postoffice at Chicago, Ill., under special permission of postoffice department
Acceptance for mailing at special rate of postage provided for in Act of October 3, 1917
Authorized by Act of October 3, 1917

ACTO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

LOS IDEALES

NOT PRINTED

PRINTED BY

LOS IDEALES

CUADRO SEGUNDO

El mismo escenario, pero con la sola luz de dos lámparas de pie, muy veladas, que iluminan a Pedro y a Arce, sentados junto a la ventana, ahora del todo abierta, y a través de la cual se ven las frondas del jardín, sumergido en la penumbra azul de una noche nupcial, bajo un cielo rutilante de estrellas. Los dos personajes, Pedro y Arce, aparecen en la misma actitud del prólogo, y las respectivas luces que los iluminan deben evocar vagamente las figuras veladas de El Angel y La Sombra Absurda.

ESCENA I

ARCE — PEDRO

ARCE

Sonriendo.

Recuerdo que en aquella ocasión me llamó usted el Hombre Absurdo.

EDMUNDO BIANCHI

PEDRO

Es verdad... Pero, ¿cómo no iba a calificar así a un hombre como usted? Enamorado del bien, de la justicia y de la belleza, afirmaba, sin embargo, que los ideales están siempre fuera de nosotros porque el instinto los acecha en nuestras almas.

ARCE

Así es. Los ideales están arriba de nosotros. Sólo llegan al alma en dos breves momentos: cuando los instintos aún no han aparecido y cuando la muerte se acerca.

PEDRO

Entonces, ¿sólo la inocencia y la muerte nos hacen puros?

ARCE

Sólo la inocencia y la muerte. Fuera de estos instantes, los ideales sólo son reflejos fugaces que iluminan nuestras pupilas, detrás de las cuales está emboscada la fiera.

PEDRO

Pero usted era y es el desmentido vivo de esa afirmación; porque usted se estremece con todas las ideas generosas...

EL HOMBRE ABSURDO

ARCE

Las amo ¡oh, eso sí!... pero para no contaminarlas las llevo lejos de los hombres.

PEDRO

¡He ahí el absurdo! Las ideas necesitan humus humano para florecer. Las semillas no se arrojan para arriba. ¡Ah! Pero no creo que ahora piense usted así. En aquel tiempo había en su espíritu alguna amargura que se adivinaba en su palabra llena de emoción. Algún recuerdo triste...

ARCE

No se equivoca usted. Y es siempre ese recuerdo, presente en mi alma, el que me hace así... (*Pausa*) ¿Para qué he de bajar a la vida, si la vida ha sido conmigo demasiado cruel?...

PEDRO

¡Pero es usted joven! ¡Tiene un gran corazón! La vida puede reservarle aún muchas alegrías...

ARCE

Con una ansiedad que enseguida se apaga.

¿Usted cree? Bah!... Yo no le he pedido a la vida

EDMUNDO BIANCHI

más nada. ¿Para qué? Desde niño traté de expandir mi espíritu en un grande, en un infinito bien... (*Pausa. Con voz velada*). Y sin embargo...

PEDRO

Encontró ingratitudes...

ARCE

Encontré algo peor. (*Con voz extraña, sombría*). Todo aquéllo que más amé me traicionó.

PEDRO

Yo no quiero saber su drama, pero...

ARCE

Vivamente.

¡Oh, no!... Usted es el hombre excepción, el incontaminado... Usted tiene derecho a saberlo todo... ¿Y cómo no va a tenerlo, si desde que yo frecuento esta casa, tan llena de la dicha que usted expande, mi corazón volvió a golpearme el pecho...? Pero tengo miedo...

PEDRO

No, Arce. No tema a su corazón.

EL HOMBRE ABSURDO

ARCE

Es que fué él quien me hizo tanto daño... Y sinembargo yo siento, ahora, que hasta mi orgullosa soledad llega como un llamado desesperado que invocara mi antigua fé... Por eso quiero que usted lo conozca todo, todo...

PEDRO

Hable usted, Arce; hable, que encontrará quizás en mí la luz que falta en su vida.

ARCE

Sí; es mejor... (*Pausa. Su voz adquiere ahora una gran serenidad*). Míreme, señor Valdivia. Mire mis cabellos todos blancos... Tengo, sinembargo, treinta y ocho años. Fué mi drama el que me puso esta triste corona... (*Pequeña pausa*). Usted sabe que yo, lejos de los míos, pasé toda mi juventud en París. (*Con un poco de temblor en la voz*). Fué allí donde mi alma despertó a todos los ensueños de la adolescencia... Allí conocí el amor, el único amor de mi vida. (*Un poco exaltado al ver en los ojos de Pedro el vislumbre de la adivinación*). Sí, usted lo adivina: en mi vida debía haber una mujer.

EDMUNDO BIANCHI

PEDRO

Como en todas las vidas tristes.

ARCE

¡Cómo en todas las historias trágicas! (*Pausa*). Yo era un niño... un adolescente con toda la pureza del alma y del cuerpo... No tenía aún veinte años cuando la conocí. Estaba por egresar del Politécnico con mi título de ingeniero; pero, más que la ciencia, me seducían los grandes ideales sociales. Yo frecuentaba los lugares donde se reunían los hombres de pensamiento más avanzado de Europa refugiados en París. Allí la conocí. Era hija de un sabio ruso exilado por sus ideales revolucionarios. Educada sin madre, su padre habíala influenciado con sus ideas libertarias. Soñando ambos en un futuro mundo de fraternidad, nos fuimos conociendo y amando. (*Pausa*). ¡La amé!... (*Con un grito de todo su ser*). ¡Oh, cómo la amé! Mi amor estaba hecho de toda la pureza. Era una embriaguez exelsa en la que el ardor de mi espíritu disolvía en su llama avasalladora todas las impurezas del instinto...

PEDRO

¡Sublime amor!

ARCE

¡Ah! Sí, sublime! Y así era también el amor de ella.

EL HOMBRE ABSURDO

¡Los dos puros! Las manos en las manos, los ojos en los ojos... ¡Oh, sus grandes ojos de inocencia, azules, profundos, temblorosos!... En las noches de primavera, cuando el cielo parecía que se embalsamaba en el perfume de las lilas, salíamos a caminar por las afueras. Y allí nos deteníamos largo rato, bajo los grandes cielos estrellados, buscando en la amplitud del firmamento la luz de la verdad que realizaría la síntesis de nuestros anhelos... Y fué en una noche así, como ésta. Lo que debió suceder. Mis ojos en sus ojos, mi boca fué hasta la suya... Entonces ví de repente cómo sus pupilas se humedecían con las lágrimas de la suprema revelación; y oyendo sus sollozos pude ver cómo esas lágrimas se poblaban de infinitas estrellas cristalinas, titilantes, como si temblaran con la emoción de la divina verdad... ¡Y era la verdad del amor que nuestras almas inocentes conocían, al fin, en aquel cielo estrellado reflejado en las pupilas adoradas! (*Pausa*).

PEDRO

Continúe, querido amigo.

ARCE

Un día formamos un hogar. Unidos libremente de acuerdo con nuestros ideales, sentimos de inmediato como nuestra dicha se oscurecía por la maldad de los que nos

rodeaban. Todos aquellos hombres que se reunían para comulgar en los grandes ritos de la libertad y del amor, se mostraban ofendidos por la audacia de aquella libre unión de dos juventudes apasionadas. Mientras nada deseamos, mientras nada pedimos, se nos acogió con sonrisas; pero cuando se nos vió felices, cuando llevamos a la realidad lo más santo de nuestros anhelos, se nos odió, se nos persiguió con la burla, con el ultraje. Comprobamos la mentira de aquellos apóstoles rituales que sólo teorizaban sobre el amor. Y cuando sentimos la traición de los hombres que creíamos purificados por el Ideal, con nuestro primer dolor nos aislamos para dedicarnos a nuestra mutua idolatría. Y vino un hijo. Y con él, años de dichas embriagantes. La felicidad sublimada en la creación de una existencia... ¡Yo creía eternizarme en esa dicha incomparable! Hasta que un día... (*Pausa*). Vino la guerra. A ella fuí, puro, y volví puro de aquel abominable baño de sangre y lodo... Pero allá, a espaldas del heroísmo oscuro e inútil, las almas habían cambiado... Todas las almas... hasta la de ella (*Con voz grave, velada por la profunda emoción*) ¡Y fué el hijo mío, el hijo de las entrañas de ella, quien en su inocencia me reveló la horrenda desdicha! En aquel balbuceo de párvulo adiviné, comprobé el delito que se había consumado en mi ausencia. Aquellos ojos de candor, aquellos ojos azules y puros habían contemplado el crimen, y la boquita ingénua me lo venía a referir!

EL HOMBRE ABSURDO

PEDRO

¡Pobre amigo mío!

ARCE

Ella lo negó, lo negó siempre... Lo negó aduciendo que los inocentes también saben mentir...

PEDRO

¡No es cierto!

ARCE

Con un grito.

¡Eso, eso es la verdad! ¡Los inocentes no mienten nunca! ¡Y yo se lo grité; yo, que no la pude matar porque la adoraba apesar de todo, se lo repetía noche y día: "Los inocentes no mienten!" ¡Pero sus ojos estaban también tan llenos de inocencia! ¡Ah! ¡Dios! ¡Dios! ¿Se da cuenta usted de la desesperada duda? ¿Quién mentía? ¿Y si fuera cierto que el niño hubiese visto pasar por su mente en aurora, sombras de ensueño, visiones de alucinación? ¡Ah, pero no! ¡Fué bien clara la afirmación! ¡El niño no podía mentir! ¡Cuántas veces, en un insomnio torturante, me levantaba en la alta noche y despertaba a aquellos dos seres que dormían siempre sobresaltados!

EDMUNDO BIANCHI

¡Les hacía abrir los ojos para que me miraran. Yo, en mi pesadilla quería escudriñar la verdad en el fondo de aquellas cuatro pupilas, abiertas de espanto, que me miraban en la penumbra... ¡Pero eran iguales, iguales, azules, temblorosas, inocentes! ¡Y sinembargo, dos de ellas mentían!...

PEDRO

¡Horrible!

ARCE

¡Horrible, sí! Fué un año de torturas espantosas. Eramos tres almas en pena sufriendo la más trágica de las condenaciones... (*Transición*). Hasta que la más débil sucumbió... El niño mío, el hijo de mi carne... Una mañana se quedó todo blanco, en su camita, mirándome asustado, como queriendo huír de mí... ¡De mí, que tanto lo quería!...

PEDRO

¡Oh, Arce... Arce! (*Pausa*) ¿Y ella?

ARCE

¿Ella?... También se fué muy pronto... Y su boca, en el balbuceo de la agonía, me dijo la verdad...

EL HOMBRE ABSURDO

PEDRO

¿Qué?

ARCE

¡No había mentido el niño!... ¿Era verdad! ¡Era verdad!

PEDRO

Abrazándolo.

¡Pobre amigo mío!...

ARCE

Era verdad, y ahora yo no lo quería creer... Pero, ¿era posible, Señor?... ¿Era posible que aquella criatura que conmigo había sufrido todos los sacrificios, todos los escarnios, me hubiera traicionado?... Y sinembargo era la solemne verdad de los moribundos...

PEDRO

¡Es espantoso!

ARCE

¡Pensar que los seres a quienes elevamos más altos que a Dios, aquéllos a quienes formamos con la esencia

EDMUNDO BIANCHI

más pura de nuestros espíritus, los que con nosotros sufrieron todos los martirios, que cambiaron con nosotros sus besos, su sangre, su virginidad, puedan hacernos traición! Sí, traición, arrebatados por el instinto, para sentir un sólo momento el vértigo de la carne, de esta carne de corrupción de que estamos formados! Y ella, que lo comprendió todo, ahora me lo decía llorando, y su último anhelo lo tuvo para gritarme que me amaba, que quería morir sólo para volver a la pureza...

PEDRO

¿Y usted, Arce?

ARCE

¿Yo?... ¿Qué iba a hacer, más que llorar... y perdonar? ¡Si había nacido para ella!... La ví apagarse dulcemente, y cuando el frío de sus pobres manos crispadas sobre las mías me hizo abrir los ojos en el supremo espanto... ¡Oh, lo que ví en aquellas pupilas vidriadas! Otra vez aquella lumbre de estrellas temblorosas, pero que ahora me gritaban desde la eternidad la verdad única, la verdad de que el amor humano está contaminado de traición, de que el Ideal es sólo un reflejo fugaz que ilumina breves momentos nuestra vida, cuando los instintos no han despertado o cuando la muerte los apaga! Y sobre aquel cuerpo ya sublimado por el gran reposo, hice

EL HOMBRE ABSURDO

el voto de mi castidad. ¡Solo!... ¡Siempre solo en mi torre del absurdo, lejos de los hombres! ¡Sólo los inocentes y los muertos no nos traicionan!

PEDRO

Poniéndole paternalmente una mano en el hombro. Con honda emoción.

¡Criatura de dolor!... (*Pausa*). Cuando las almas han pasado por tanta miseria, sólo el Bien, el gran Bien puede salvarlas... ¿Por qué no fué hacia él?

ARCE

Levanta la cabeza, asombrado en medio de su dolor.

¿Es que acaso hago algún mal?

PEDRO

Alma tan exelsa no podía enlodarse; pero, como sus queridos muertos, su alma también murió.

ARCE

Quizás sea así. He pensado para qué sirve ya mi

EDMUNDO BIANCHI

vida, así, infecunda... ¡Pero tengo tanto miedo al contacto humano!...

PEDRO

No. Jamás le tema cuando vaya hacia él para fecundarlo con su amor. La tierra mancha cuando se la siembra, pero perfuma cuando florece. Míreme a mí, que siembro la dicha, cómo estoy todo impregnado de su aroma!

ARCE

¡Ah! ¡Porque a usted nunca le hicieron daño! ¡Pero si le hubieran traicionado como a mí!

PEDRO

Pensativo.

Es cierto... Yo he sido siempre feliz... Dios me dió esta misión de sembrador a quien nunca se le malograron las cosechas...

ARCE

Pero si le hubieran arrebatado esa dicha los suyos, los más queridos seres, aquéllos a quienes usted dió toda la ventura...

EL HOMBRE ABSURDO

PEDRO

Con miedo.

¡Oh, cállese!

ARCE

...¿que haría?

PEDRO

No lo sé... Nunca lo he pensado... No he querido pensarlo... Quizás sea porque nunca he creído en la traición. (*Pausa. Levantándose súbitamente, en un arrebato de su lírica fé*). ¡Pero creo en mi fuerza! ¡Creo en el poder fecundante de mi fé! Creo en la luz que está en mí y que se expande a mi alrededor sin dejar un solo átomo en la sombra! ¡Creo que toda la bondad de Dios viene al alma del hombre cuando éste se siente transportado por la ternura de los ojos adorados! ¡No, a esta fuerza no la traicionan porque es más poderosa que el Mal! ¡Es la fuerza de Dios rediviva en el alma humana!

ARCE

Arrebatado por el delirio de Pedro.

¡Oh, si fuera ese el llamado que yo siento!

EDMUNDO BIANCHI

ESCENA II

DICHOS - ELVIRA - BEBE - ROGELIO, al final.

PEDRO

*Mientras aparece, en segunda izquierda,
Elvira con Bebe, que quedan en la puer-
ta. Elvira hace señas a Bebe de que
calle, mientras ella escucha atentamente.*

Arce... usted cree que los ideales están fuera de nosotros; que sólo iluminan nuestras pupilas en la inocencia y en la muerte. Pues bien: ¡seamos inocentes... inocentes hasta la muerte!

ARCE

Ya no puedo... ¡no puedo..!

PEDRO

¡No, no! A ver, míreme. (*Arce levanta el rostro*) Tiene usted el cabello todo blanco, pero en sus ojos está brillando un fuego de ternura que se consume estérilmente! Busque usted la dicha, la gran dicha humana que le estará esperando...

Elvira enciende la luz de la araña central.

EL HOMBRE ABSURDO

ARCE

Viendo a Elvira que se acerca con Bebe por detrás de Pedro, y que lo mira fijamente. Como magnetizado por aquella luz de esperanza.

¡Oh, si fuera cierto! ¡Si fuera cierto!...

BEBE

Corre hacia Pedro, empujado por Elvira.

¡Abuelito!

PEDRO

Se vuelve y abre los brazos todavía temblorosos de emoción.

¡Nene! (*Lo estrecha contra su pecho*) ¡Miren este amor mío vivo y adorable! (*A Arce*). ¡Mire sus ojos! ¡Tienen la luz de la dicha más pura! (*A Bebe*). ¿No es verdad que eres feliz?... Sí, como nosotros, porque nosotros somos buenos, somos puros como tú...

BEBE

En sus brazos.
Tengo sueño...

EDMUNDO BIANCHI

PEDRO

Dirigiéndose a primera izquierda, llevándolo en sus brazos.

¿Sueño? Ven, corazón mío, ven...

Se lo lleva, besándolo y murmurando entrecortadas palabras de ternura.

ELVIRA

A Arce, que después de mirar profundamente al niño, cuando se lo mostró Pedro, ha hundido la cara entre sus manos, sollozando. Poniéndole una mano en la cabeza e inclinándose hacia él.

Arce...

ARCE

Sin levantar la cabeza, toma estrechamente una mano de Elvira, llenándola de lágrimas.

¡Elvira!...

PEDRO

Que se ha detenido bruscamente en la puerta, mira fijamente al espacio como

EL HOMBRE ABSURDO

*escrutando el destino. Ve de repente al
niño y balbucea.*

¡Oh, nene!... ¿Y si nos traicionaran?...

*Por su cuerpo pasa un estremecimiento y
estrecha al niño contra sí con toda su
ansia, como para defenderlo. Por el
fondo pasa, en huida, la sombra de
Rogelio.*

TELON

IN THE COURT OF THE COMMONS OF GREAT BRITAIN

SHANNON & SONS

OF THE CITY OF LONDON

THE PETITION OF SHANNON & SONS, OF THE CITY OF LONDON, TRADING AS MANAGERS OF THE BUSINESS OF THE LONDON & NORTH-WESTERN RAILWAY COMPANY, FOR AN ORDER THAT THE PETITION BE RECEIVED AND CONSIDERED BY THE COURT.

THE PETITIONERS

VERSE

THE LONDON & NORTH-WESTERN RAILWAY COMPANY

THE PETITIONERS PRAY THAT THE COURT WILL BE GRACIOUSLY PLEASED TO MAKE AN ORDER THAT THE PETITION BE RECEIVED AND CONSIDERED BY THE COURT.

AND

THE COURT

DO ORDER THAT THE PETITION BE RECEIVED AND CONSIDERED BY THE COURT.

IN WITNESS WHEREOF

THE COURT

DO ORDER THAT THE PETITION BE RECEIVED AND CONSIDERED BY THE COURT.

ACTO SEGUNDO

ACTO SEGUNDO

LOS INSTINTOS

ACTO ENUNDO

LOS INSTITUTOS

ACTO SEGUNDO

El mismo escenario del primer acto, pero notándose el desorden de una casa donde ha entrado una repentina ráfaga de dolor.

ESCENA I

PEDRO — ARMANDO — ALICIA

Pedro está de bruces sobre el escritorio, donde hay muchos papeles revueltos, y cuyos cajones están abiertos. Papeles en el suelo. Parece que Pedro durmiera. Armando está sentado en el sofá, fumando nerviosamente. Es de noche.

ALICIA

Por derecha, a Armando, en voz baja.

¿Qué hora tienes?

ARMANDO

Las diez y media. *(Pausa).*

EDMUNDO BIANCHI

ALICIA

Yo me voy al cine .

ARMANDO

¿Estás loca?

ALICIA

Pues me voy. ¡Bah! ¿Qué voy a hacer aquí? Pilulo queda durmiendo. *(Sale tarareando. Armando le sisea, imponiéndole silencio. Ella se vuelve, fastidiada).* ¿Qué?

Armando señala a Pedro. Ella levanta los hombros y continúa tarareando mientras se dirige a puerta foro izquierda en la que se cruza con Elvira.

ESCENA II

PEDRO — ARMANDO — ELVIRA

ELVIRA

Quitándose el sombrero con rabia y mirando con indignación la puerta por donde salió Alicia. Va a decir algo,

EL HOMBRE ABSURDO

estallando, pero se retiene cuando Armando señala a Pedro. En voz baja:

¿No lo encontraron?

ARMANDO

Nada.

ELVIRA

¿Y tú no te moviste de aquí?

ARMANDO

¿Para qué? Alguien debía quedarse con papá.

ELVIRA

Pero, ¿has podido estar así, cuando todos hemos salido como locos en busca del ladrón? ¿Y mamá?

ARMANDO

Salió detrás de tí.

ELVIRA

Por Pedro.

Y él, ¿qué dice?

EDMUNDO BIANCHI

ARMANDO

¡Qué sé yo! ¡Cualquiera lo entiende!

ELVIRA

Acercándose a Pedro

Papá...

PEDRO

Incorporándose

Nena... ¿Eres tú, pobrecita? (*Viéndola con el sombrero en la mano*). ¿Has salido?

ELVIRA

Sí.

PEDRO

Nada, ¿verdad?

ELVIRA

Nada.

PEDRO

¿Y mamá?

ELVIRA

Aún no ha vuelto.

EL HOMBRE ABSURDO

PEDRO

¡Es inútil que lo busquen! No volverá. Se ha deshonrado para siempre. (*Pausa. A Armando*) ¿Enrique lo vió anoche cuando salía?

ARMANDO

Sí.

PEDRO

Habrá venido a buscar cigarros y vió el dinero.

ARMANDO

Si lo hubiéramos notado anoche u hoy temprano, esta tarde lo pescábamos.

PEDRO

De pie.

¡Pobres hijos míos! ¡Qué daño nos ha hecho! (*Pausa*). Siquiera me hubiera hecho mal a mí solo... Pero ahora... ¡Ah, infeliz!... (*Pausa. Pensativo, váse lentamente hacia izquierda*). Cuando llegue mamá, avisenme (*Mutis segunda izquierda*).

EDMUNDO BIANCHI

ESCENA III

ARMANDO — ELVIRA

ELVIRA

¿Y ahora?

ARMANDO

¿Qué?

ELVIRA

¿Qué va a ocurrir?

ARMANDO

No sé; pero te apostaría la vida a que va a ver al ministro y le cuenta todo.

ELVIRA

¡Pero sería una locura!

ARMANDO

Es el último regalo que nos hace la grandeza de papá.

ELVIRA

¡Dios mío! ¡Dios mío! (*Pausa*).

EL HOMBRE ABSURDO

ARMANDO

Yo me voy a vigilarlo. Hay que retener el escándalo todo lo que se pueda. (*Váse*).

ESCENA IV

ELVIRA — MARIA

ELVIRA

Ha quedado pensativa. Va a subir cuando entra María, con sombrero. Viene fatigada.

Mamá...

MARIA

¿No han sabido nada?

ELVIRA

Nada.

MARIA

¡Dios mío! (*Se sienta*).

EDMUNDO BIANCHI

ELVIRA

Y tú, ¿a dónde fuiste?

MARIA

¡Qué sé yo! Por ahí... Confiando en Dios... Andaba como trastornada... Pero, ¿será posible que ese hombre nos quiera hacer tanto daño?...

ELVIRA

¡Todos víctimas de él!

MARIA

No, Elvira. Todos no. Nosotros sabremos defendernos.

ELVIRA

¿Defendernos? Sí, seguiremos viviendo... Todos reirán de nuevo... ¡Pero yo!

MARIA

¿Tú?...

ELVIRA

Sí, yo, ahora... Pero, ¿te das cuenta, mamá? ¿Te das cuenta de lo que será de mí ahora?

EL HOMBRE ABSURDO

MARIA

¿Qué? ¿Acaso él...? No, Elvira. Arce tiene un alma grande. Sabrá comprender.

ELVIRA

No, mamá... ¡Es el deshonor para todos! ¡No le veré más!

MARIA

Sí, pero...

ELVIRA

No, mamá... El nunca se hubiera decidido si no fuese porque aquí encontró toda la confianza a sus recelos. ¡Oh, si él me lo dijo, anoche, llorando de emoción!...

MARIA

¡Pero él te quiere!

ELVIRA

Sí... no lo dudo. Pero está ciego ante papá. No ve aquí más que su grandeza, y cree que todos somos iguales... Y ahora lo sabrá todo...

EDMUNDO BIANCHI

MARIA

No, hija mía. ¡Yo confío en él! Es bueno. Y tú lo quieres por bueno. ¿Verdad que lo quieres?

ELVIRA

Seca, en medio de su dolor.

¡No, no lo quiero! ¿Para qué mentir?

MARIA

Elvira... ¿Entonces?...

ELVIRA

¿Entonces qué? Pero, ¿qué pretendes? ¿Que me muera aquí, envejeciendo,, esperando lo imposible, esclava de esta miseria vergonzante?... ¡Quiero salir, salir, ser yo, yo! Ya no tengo más tiempo... (*Estallando en lágrimas*). ¡Ah, yo no quiero más esta tortura que me ahoga, que me hace morir, mamaíta, mamaíta! (*Se arroja en brazos de María, sollozando*).

MARIA

Abrazándola.

Mi nena... ¡Oh, sí! ¡Tienes razón! ¡Nosotras so-

EL HOMBRE ABSURDO

mos las que más sufrimos! Ellos salen y gozan de la vida, y nosotras lloramos nuestra humilde miseria, que no tiene remedio!...

ELVIRA

¡Ayúdame, mamá, ayúdame! ¡Yo quiero vivir!

MARIA

Sí, hija, sí!... ¡Yo te defenderé! ¡Yo te haré feliz!...

ELVIRA

Mamá querida...

MARIA

Seca tus lágrimas... Oyeme. No lo quería hacer, no me atrevía, pero... iré a ver a mi hermano. (*Ante un gesto de asombro de Elvira*). Sí, tú sabes que hace veinte años que no nos hablamos. Pero no importa. Me humillaré! Es necesario para reponer el dinero, y yo se lo pediré. ¡Aunque me arrastre por el suelo!

ELVIRA

¡Oh, mamaíta!

MARIA

¡Pobres criaturas mías que no tienen culpa! (*Pausa*). Déjame; voy ahora mismo.

EDMUNDO BIANCHI

ELVIRA

¡Mamá!

MARIA

Sí, ahora. Estáte tranquila. Ya verás... ya verás...

Váse. Elvira dirige a lo alto una mirada de súplica y de esperanza y luego sale, pensativa, cruzándose con Armando que entra apresurado, sin verla. Ella lo mira abstraída y, siempre preocupada en su pensamiento, sale por izquierda.

ESCENA V

ARMANDO — ENRIQUE

ARMANDO

Se dirige apresuradamente al escritorio. Revuelve papeles hasta que encuentra uno.

¡Ah!

Después de leerlo hace un gesto de ira. Estruja el papel, que se guarda en el bolsillo.

ENRIQUE

Entra apresurado por puerta de foro.

¿Qué? ¿Hay algo? ¿Dieron con él?

EL HOMBRE ABSURDO

ARMANDO

Irónico.

¿No lo ibas a traer tú?

ENRIQUE

¡De los cabellos lo iba a traer si lo encontraba! Lo busqué por los lugares más innobles, donde él vive siempre... ¡Nada! ¡Ah, pero si lo encuentro!... ¡Ladrón! ¡Bandido!

ARMANDO

¿Habrás jugado el dinero?

ENRIQUE

¿Y para qué crees que se lo llevó? ¡Con el ansia que tenía! ¡Habrás jugado locamente!

ARMANDO

Ya no hay que esperar nada.

ENRIQUE

¡Qué situación! ¿Y que hará ahora papá?

ARMANDO

Puedes imaginártelo. Revelar todo al ministro, y quedar todos en la calle.

EDMUNDO BIANCHI

ENRIQUE

¡La destitución! ¡Qué vergüenza! ¡No, no es posible!
¡Un hombre como él! Si él lo quiere, todo se tapa. ¡Lo
han hecho por cada sinvergüenza!... ¡No, no creo que
papá sea tan tonto!

ARMANDO

¿Que no? Pues ya escribió su renuncia. Recién en-
contré el borrador. Mira. Y por esta anotación, se ve que
la va a publicar en los diarios, contando todo lo que pasó.

ENRIQUE

No puede ser! ¡Hay que impedirlo! ¡Es la ruína!

ESCENA VI

DICHOS — ELVIRA

ELVIRA

Por izquierda, apresurada.

Armando: papá se está vistiendo. Va a salir...

ARMANDO

¿Cómo?

EL HOMBRE ABSURDO

ELVIRA

Va a ver al ministro. ¡Me lo dijo!

ARMANDO

¿No lo dije?

ENRIQUE

¡No puede ser!

ELVIRA

Hay que impedirlo. Mamá fué a pedir el dinero.

ENRIQUE

Entonces hay que impedir...

ELVIRA

Ahí viene. Háblale tú, Armando.

Elvira y Enrique inician el mutis.

ARMANDO

No! ¡Todos aquí! (*Todos quedan en sus sitios. Expectativa*).

EDMUNDO BIANCHI

ESCENA VII

DICHOS — PEDRO

ARMANDO

A Pedro, que sale sombrero en mano y se dirige al escritorio.

¿Vas a salir?

PEDRO

Sí. (*Pone un pliego en un sobre que saca del escritorio*).

ARMANDO

Pero... Supongo que no tomarás ninguna resolución?...

PEDRO

¿Cómo? ¿Qué dices?

ARMANDO

¿Por qué no esperas a mamá?

PEDRO

¿Para qué?

ARMANDO

Hombre... no sé... pero su consejo...

EL HOMBRE ABSURDO

PEDRO

Lo sé por anticipado: cumplir con mi deber.

ARMANDO

Pero, ¿es que te urge tanto ese deber?

PEDRO

Como no hay otra solución, voy a ella antes de que ella venga a mí.

ARMANDO

¿Qué piensas hacer?

PEDRO

¿Qué otra cosa queda que decir la verdad?

ARMANDO

Sí... es cierto... Pero hasta mañana tienes tiempo... Entretanto puede llegar alguna solución.

PEDRO

¿Cuál?

ARMANDO

No sé... En fin... Imagina que, encontrándose a tío Rogelio con el dinero...

EDMUNDO BIANCHI

PEDRO

Ustedes son los primeros en no creer en ese milagro.

ARMANDO

Pero, aún remotamente, está dentro de lo posible...

PEDRO

Y, ¿acaso eso variaría la situación?

ARMANDO

¿Cómo?

PEDRO

Es claro. ¿Acaso el crimen no se habría cometido?

ARMANDO

Sí, pero devolverías el dinero.

PEDRO

¿Y quién nos devolvería el honor?

ARMANDO

¡Papá! ¡Nadie dudará de tu honradez!

EL HOMBRE ABSURDO

PEDRO

Y para que nadie dude, yo he de ser el primero en poner a luz mi conducta.

ARMANDO

¿En qué forma?

PEDRO

Denunciando al criminal y, anticipándome a la solución de la Justicia, renunciando mi cargo.

ARMANDO, ELVIRA Y ENRIQUE

A un tiempo y respectivamente.

—¡Oh!

—¡Papá!

—¡No, no!

PEDRO

Asombrado.

¿Cómo? ¿Qué actitud es esa? ¿Qué les pasa? ¿Temen por mí? Tú, Elvira, ¿por qué lloras?

ELVIRA

Papá...

EDMUNDO BIANCHI

PEDRO

¡Oh, criatura! ¡Tú eres mujer! Pero tú, Enrique... Vamos... levanta esa cabeza. ¡Sonríe! (*Enrique sonríe forzadamente*). Así... (*A Armando*) ¿Y tú, Armando? ¡Tú eres fuerte! ¡Tú eres artista como yo! ¡Tú debes exultar con el orgullo de tu padre! Dime algo...

ARMANDO

Hosco.

Yo no puedo decir más nada.

ENRIQUE

Papá... Yo te lo diré. No vayas aún. Tendrás el dinero hoy mismo. Nos lo prestarán...

PEDRO

¡Ah! ¿Era eso? ¡Pobres hijos míos! Pero, ¿no comprenden que ningún dinero puede borrar la mancha que cayó sobre esta casa?

ENRIQUE

¡Pero eso es absurdo, papá!

ARMANDO

¡Y para eso nuestra madre se ha ido a humillar!

EL HOMBRE ABSURDO

PEDRO

Frunce el ceño.

¿A humillar?... *(Corriendo hacia Armando, lo toma de los hombros. Con voz grave y conminatoria).*
Armando: ¿a dónde ha ido tu madre?

ARMANDO

Con la cabeza baja, dominado a su pesar.

A casa de tío Luis.

PEDRO

¿A casa de tío Luis? ¿Por su propia voluntad?
(Pausa. Con voz alterada). ¡Respóndeme! ¿Quién la mandó?

ARMANDO

Balbuciente.

Yo le pedí...

PEDRO

¡Oh! *(Mesándose los cabellos)* Pero... ¿dónde está mi familia? ¿Dónde he sembrado las semillas de mi amor?... *(Como si pasase por su alma una sospecha; queriendo apartarla)* ¡No, no puede ser! *(Con voz que no admite réplica. A Armando).* ¡Tú, tú mismo, ve a

EDMUNDO BIANCHI

buscar a tu madre! (*Armando se levanta lentamente. Con voz más fuerte*). ¡Armando, yo te lo ordeno! ¡Ve inmediatamente!

ELVIRA

Colocándose ante Armando, que va a salir.

¡No, papá, espera!

PEDRO

A Armando.

¡Obedéceme!

ELVIRA

Con toda su energía.

¡No, no! ¡Ahora soy yo quien no lo quiere! (*A sus hermanos*). ¡Egoístas! ¿Y yo? ¡Yo sola, aquí, frente a la catástrofe! Ah, no!

PEDRO

Asombrado.

¡Elvira!

ELVIRA

Desesperada.

¡Sí, yo sola! (*A Pedro*). ¡Ellos se irán, se irán a su destino! (*Sarcástica en su desesperación*). ¡Ellos, los hom-

EL HOMBRE ABSURDO

bres!... ¿Pero yo? ¡Yo! (*Hace un gesto de infinita impotencia*). ¡Todos me abandonan!

PEDRO

Yendo hacia ella.

¡Yo no, Elvira!

ELVIRA

*Irguiéndose, iracunda, pronta a estallar
pero dominada ante la serena inocencia
de Pedro.*

¡Tú!... (*Cerrando los ojos, con un grito acometivo*).
¡Tú, sí, más que nadie!

PEDRO

¡Oh!

ELVIRA

Sí... y ahora... ahora, cuando más te necesitaba...
Ahora que vislumbraba mi dicha... la dicha mía, ¿comprendes? la que me prometiste, la que nunca me diste...
¡Papá... papá! ¡No me la quites, te lo suplico! ¡Veo que, si eres justo, como dices, él se irá... se irá para siempre!

EDMUNDO BIANCHI

PEDRO

Repentino, como si un relámpago lo hubiese iluminado.

¡Díme su nombre! ¿Quién es él?

ELVIRA

Arce.

PEDRO

Con un grito de júbilo.

¡Ah, Arce! ¡Arce no huirá! ¡Al contrario! ¡Arce es de mi raza! Oh, mi Elvira, qué alegría me das! ¡Ahora sí puedo ir tranquilo a cumplir con mi deber! (*Inicia una salida*).

ELVIRA

No, papá... (*Quiere detenerlo*).

PEDRO

Con severidad.

¡Elvira, déjame! ¡Yo respondo de tu dicha!... (*Se desprende de ella, que queda sollozando, y va a salir, cuando aparece Rogelio*).

EL HOMBRE ABSURDO

ESCENA VIII

DICHOS — ROGELIO

ROGELIO

En la puerta del foro. Trae un lio envuelto en un periódico bajo el brazo. En su rostro se marcan las huellas del insomnio. Sus rasgos están acentuados como si hondas emociones hubieran trabajado en ellos. Está más pálido que nunca. En sus ojos brilla una impresionante luz.

Buenas noches.

PEDRO, ELVIRA Y ARMANDO

A un tiempo, con voz ahogada por la sorpresa. Respectivamente.

—¡Tú!

—¡Tío!

—¡Oh!

ENRIQUE

Corriendo hacia él.

¡Ladrón! *(Lo toma de las solapas, sacudiéndolo).*

EDMUNDO BIANCHI

ROGELIO

Tratando de desasirse.

¡Eh... bárbaro!

PEDRO

Corriendo hacia ellos.

¡Déjalo, Enrique! (*Este lo deja, insatisfecho en su violencia*).

ROGELIO

En medio del silencio de asombro, tratando de arreglarse el desorden de la corbata y el cuello.

¡No!... Si tras que uno vuelve, lo quieren desollar!...

ARMANDO

¿Y para qué has vuelto, ladrón?

PEDRO

Jadeante de emoción.

Ya lo oyes: "ladrón"!... ¡Al fin lo conseguiste!

EL HOMBRE ABSURDO

ROGELIO

Indignado.

¡No, ladrón, no! ¡Ladrón no es quien devuelve el dinero! (*Saca billetes del bolsillo y los arroja en la mesa*). Tómalo.

TODOS

¡Oh!

ROGELIO

Ahí está. (*Enrique y Elvira se precipitan al dinero, con la cara ansiante, y lo cuentan, viéndoseles el gozo en el rostro*). Pueden contarlo. Está todo.

PEDRO

No queriendo creer lo que ve.

Rogelio... (*Se acerca a él*). ¿Será cierto que te salvas de la deshonra?... Entonces... ¿te arrepentiste?

ROGELIO

Con extrañeza.

¿Arrepentido? ¿Qué tiene que ver esa estupidez con el dinero? (*Señala el dinero*) Eso es lo único que te debe interesar.

EDMUNDO BIANCHI

PEDRO

Pero, por lo menos... no lo habrás manchado con el crimen?...

ROGELIO

¿Con qué? ¡Ah! ¿La combinación? ¡Es claro que la hice! (*Con un grito de gozo*). ¡Ah, cómo jugué!

PEDRO

¡Oh!

ROGELIO

¡Jugué a mi gusto! ¡Por fin! ¡Con las manos llenas, como en mis tiempos! Pero no por codicia... ¡Por embriaguez! ¡Para sentir cómo se me movía el corazón! ¡Cómo antes!

PEDRO

Ansioso, aferrado aún a su esperanza.

¡Pero Dios no quiso ayudarte en tu delito!...

ROGELIO

Gritando.

¿Qué? ¡Iba a fallar la combina! ¡Gané! ¡Gané como Dios! ¡Lo que quise! ¡Mira si gané! (*Abre el periódico*)

EL HOMBRE ABSURDO

y saca montones de billetes arrugados). ¡Una fortuna! (Transición). Pero yo, ¿para qué la quiero? (A Enrique, Armando y Elvira). ¡Tómenla! (Arroja el dinero en la mesa) ¡Hártense! ¡Les pago mi pensión! ¡Ahora no se burlarán del tío parásito!

Empuja el dinero, que se esparce sobre la mesa, cayendo algunos billetes al suelo. Elvira, Enrique y Armando, como atraídos por el oro, se han acercado a la mesa, y después de recoger los billetes caídos, rodean a Rogelio. En sus rostros, que han cambiado de aspecto, se ve el gozo, y una irrefrenable y repentina simpatía hacia Rogelio.

PEDRO

Que después de la ansiedad con que escuchó a su hermano, estalla, pálido de ira.

¿Y te has atrevido, miserable bandido, a manchar más mi casa, trayendo este dinero robado?

ROGELIO

Asombrado.

¿Cómo? ¡El juego no es robo! ¡Eso es legal!

EDMUNDO BIANCHI

PEDRO

¡Robado! ¡Robado con el cebo de otro dinero robado!

ROGELIO

¡Pero si ese te lo devolví!

PEDRO

¡Es que ese dinero, y el otro también, irán a la justicia, y tú, tú con ellos! (*Va hacia el teléfono, pone la mano sobre él y va a dar timbre*).

ROGELIO

*Acentuando su natural parla de hemiplé-
gico por la indignación. Con apresura-
miento.*

Pero... ¿estás delirando? Ahora, que tras de traerte una fortuna ganada en buena ley, te devuelvo tu tranquilidad de conciencia, ¿vas a hundirnos a todos por un escrúpulo de loco?

ARMANDO, ENRIQUE Y ELVIRA

A un tiempo, apoyando ansiosos a Rogelio. Respectivamente.

—¡Tiene razón!

—¡Es claro!

—¡Papá!

EL HOMBRE ABSURDO

ROGELIO

*Con una sonrisa de sarcasmo, a Enrique,
Armando y Elvira.*

¡Ah, víboras! ¡Cómo me defienden ahora!... (A Pedro). ¿Lo ves? ¡No estoy solo!

PEDRO

*Que escuchó a Rogelio. Refrenándose
para no acometerlo. Corriendo hacia él.*

¡Sí, todos contigo, lo veo! ¡Pero a tí, mira cómo te contesto, bandido! (Lo toma de un brazo, violentamente, y lo sacude). ¡Voy a encerrarte hasta que te lleven a la cárcel! (Lo arrastra y lo arroja, apesar de sus protestas, en primera derecha y cierra con llave). ¡Ahí! (Enfrentándose a sus hijos, que se hallan aún en derredor de la mesa. Con voz ronca, los ojos dilatados). ¡Y ustedes, mírenme! ¡Mírenme a la cara les digo! (Ellos le miran con temor. Con la voz temblante y la mirada recelosa). Ahora dudo de ustedes... Pero escuchen: aquí se ha cometido un delito... (Señalando el dinero). ¡Esto es el crimen! Ustedes fueron testigos. Oiganlo bien: cuando yo esté ante la justicia... los tres... ¡los tres! estarán junto a mí para decir conmigo la verdad... ¡Júrenmelo! (Al ver que no responden, con más recelo, con la voz más desgarrada, y con autoridad irreplicable). ¡Júrenmelo!

EDMUNDO BIANCHI

(Elvira y Enrique asienten con la cabeza, dominados. Armando, con un grito ronco). ¡Armando!

ARMANDO

Con energía, sin levantar la cabeza.

¡No!

PEDRO

Como en un estertor.

¡Ah!

ARMANDO

Mirándole a la cara, ya en plena rebeldía.

¡Ahora no, no, porque es el colmo de la locura! ¡Sí, ahora que todo se arregla, tú... ¡No; hemos sufrido demasiado! ¡Sí, sufrido, todos, todos, miserias, por tí, por tí... ¡Era necesario que alguien te lo dijera! *(Baja la cabeza).*

PEDRO

Que ha ido agachándose ante cada frase, como castigado por las sucesivas injurias. Con voz silbante.

¡Dilo, dí más!

EL HOMBRE ABSURDO

ARMANDO

¡No; yo solo, no! Ellos también! ¡Ellos que también te mentían! ¡No éramos felices como tú lo creías, no!

PEDRO

Como recibiendo, ante esto último, la injuria mortal. Ahogando un grito de hondo dolor.

¡Ay! (*Reaccionando, a Enrique*). ¡Dílo tú, Enrique!
¡Dí si eso es verdad! (*Este baja la cabeza. A Elvira, de inmediato, como buscando el desmentido anhelado*). Tú...
Elvira...

ARMANDO

Sí, ella. ¡Habla!

ELVIRA

Estallando en sollozos.

Papá... ¡me engañaste!

PEDRO

Irguiéndose, con un alarido.

¡¡Mentira!! (*Transición; yendo hacia ella, con la voz ahogada de imploración*). ¡Nena... nena! (*Tomándola*

EDMUNDO BIANCHI

de la cara). Mírame a la cara... ¡mírame cómo sufro!
¡Dí que no es verdad!...

ELVIRA

Siempre sollozando.

¡Papá... papá!...

PEDRO

*Retrocede, para mirarlos de lejos, como
a repentinos enemigos amenazantes.*

Entonces... ¿todos, todos me engañaban? ¿Entonces, toda esa felicidad que me rodeaba era una mentira?...

ELVIRA Y ENRIQUE

*A la vez. Suplicantes, alarmados por la
actitud de Pedro.*

Papá!

PEDRO

Pero... ¿qué fondo de horror había en vuestras vidas?... *(Como ante una revelación repentina)*. ¡Ah! ¿Esto es la traición? Yo también... ¡Ah, loco Valdivia, hombre feliz, hombre puro! ¿Y ésto era todo tu orgullo? ¿Estabas roído por esta carcoma? *(A los tres, agobiados de insignificancia ante él, con voz grave y autoritaria)*.

EL HOMBRE ABSURDO

¡Apártense! ¡Ahora seré yo, yo en toda mi grandeza!
(*Sacando del bolsillo el sobre y rompiéndolo en pedazos*).
¡Ya no renuncio! ¡Que me encarcelen! ¡Yo soy el ladrón!
(*Acercándose a la mesa y poniendo una mano sobre el*
dinero). ¡Yo he ganado ésto con el crimen! ¡Lo robé
a todos! (*Corre hacia la ventana y la abre de par en par;*
luego vuelve a la mesa y toma billetes con ambas manos).
¡Que vuelva a todos! (*Va hacia la ventana para arrojar*
el dinero).

ELVIRA Y ENRIQUE (A la vez).

Corriendo a la mesa y recogiendo billetes
a manos llenas.

¡No, papá!

ARMANDO

Interponiéndose entre la ventana y Pedro.

¡No, eso nunca!

PEDRO

Gritando.

¡Atrás!

ARMANDO

¡No!

Pedro avanza, resuelto, pero Armando le
toma de los brazos. Breve lucha. Pedro

EDMUNDO BIANCHI

arroja al suelo a su hijo y levanta una mano para castigarlo.

ELVIRA Y ENRIQUE (A la vez).

Sobre los dos, con las manos llenas de billetes, que estrujan contra el pecho.

¡Papá!

ESCENA IX

DICHOS — MARIA

MARIA

Entra por foro. Al ver la escena, con los ojos fuera de las órbitas, con todo su instinto de madre se precipita, interponiéndose entre los dos.

¿Qué? (Abrazando a Armando). ¡Hijo mío!

ARMANDO

Desde el suelo, con voz lamentable.

Mamá... mamá... ¡Porque le dije que no éramos felices!...

EL HOMBRE ABSURDO

MARIA

Estrechándolo.

¡Hijo mío querido!

PEDRO

De pie, despavorido, desmelenado, con la ropa en desorden, mirando a todos lados implorante.

Pero eso no es verdad... María... Díselo tú que no es verdad...

MARIA

Llorando, fiera en la defensa de su hijo caído.

¡Es verdad! ¡No éramos felices! Y tú... ¡tú eres el culpable!

PEDRO

Dando un grito, como si se le hubiera herido en el corazón.

¡Ah! (*Cae*).

ELVIRA Y ENRIQUE (A la vez).

¡Papá!

MARIA

¡Pedro!

TELON

ACTO TERCERO

LA VIDA

ALTO TIRRO

LA VIDA

ACTO TERCERO

El mismo escenario. Es de mañana.

ESCENA I

MARIA — EL MEDICO — luego ELVIRA

MARIA

Fué horrible lo que pasó anoche, doctor! Cayó como muerto. Estuvo sin sentido largo rato.

MEDICO

Felizmente, no le encuentro nada grave. Muy deprimido, eso sí. El pulso muy débil. ¿Fué algún disgusto?

MARIA

Sí... un contratiempo. ¡Es muy sensible! Pero, ¿deveras no le encuentra nada grave?

MEDICO

Por el momento, no. Pero es necesario prevenir.

EDMUNDO BIANCHI

Nada de disgustos. Ya no está en edad de poner a prueba su corazón. Y vale mucho su vida. Tenemos pocos hombres como él. ¡Ah! Y sobre todo, que no salga. Le he prohibido en absoluto que se ocupe de nada. Usted debe impedirle...

MARIA

¿Y cómo, doctor? No quiere ni acostarse... En cuanto le pasó el ataque se levantó y estuvo en pie toda la noche. No valieron súplicas.

MEDICO

¡Ah, no no! Está sumamente deprimido... Si se emociona o trabaja, no respondo de su salud.

MARIA

¡Dios mío!

MEDICO

Esta noche volveré, mi buena amiga. Hasta entonces, será usted el mejor médico.

MARIA

Hasta luego, doctor. (*A Elvira, que entra*). Acompaña al doctor, Elvira.

EL HOMBRE ABSURDO

ELVIRA

Por aquí, doctor. (*Mutis Doctor y Elvira*).

ESCENA II

MARIA — PEDRO

MARIA

¡Dios mío! ¡Ayúdame! (*Levanta los ojos, implorante. Va a entrar por izquierda pero sale Pedro. En su rostro desencajado, lívido, se nota la huella de una terrible angustia. Está agobiado por el dolor. Apesar de sus esfuerzos la fatiga lo domina. Parece que desde la noche anterior hubieran pasado para él muchos años*). ¡Pedro!

PEDRO

¿Se fué el doctor?

MARIA

Sí... Recién.

PEDRO

Habrás visto que no es nada... No temas, me siento bien. ¿Qué hora es?

EDMUNDO BIANCHI

MARIA

Las siete y media. No has dormido... ¿Por qué no vas a descansar?

PEDRO

No.

MARIA

¿Persistes en tu idea? El ministro estará acostado.

PEDRO

A mí me recibe lo mismo. *(Pequeña pausa. Como para sí)*. Las siete y media... *(Parece como si le costara encontrar las ideas)*. Arce vendrá a las nueve... *(Inicia el mutis hacia izquierda, pero como le flaquean las piernas, se sienta)*.

MARIA

Corre hacia él.

Pedro, ¿te sientes mal?

PEDRO

No, un poco de cansancio.

EL HOMBRE ABSURDO

MARIA

*Después de mirarlo, para convencerse de
que no está mal. Tomándole una mano
se sienta a su lado.*

Pedro... perdóname!

PEDRO

*Acariciándole la mano dulcemente, sin
mirarla.*

María...

MARIA

Perdóname... Estaba loca... ¡Te herí en el corazón!

PEDRO

Me dijiste la verdad. Toda la verdad en un grito.

MARIA

No, Pedro. ¡Estaba loca!

PEDRO

Sólo en esos momentos la verdad habla con su voz
única. Me dijiste lo que tú misma no sabías. Fuíste la
voz de todos.

EDMUNDO BIANCHI

MARIA

¡No, Pedro, no!

PEDRO

¡Yo tengo la culpa! (*Se levanta fatigosamente. Como para sí*). Me toca expiarla.

MARIA

Pedro... (*Le sigue*). No salgas. Descansa un poco, por lo menos... Es temprano.

PEDRO

Con evidente fatiga.

Sí, voy a descansar un poco... Déjame. (*Se va. María rompe en sollozos y se echa sobre el sofá*).

ESCENA III

MARIA — ARMANDO — luego ALICIA y BEBE

Sale Armando, con sombrero. Lleva una valija. Se dirige a foro izquierda. María levanta la cabeza.

MARIA

¡Armando!

EL HOMBRE ABSURDO

ARMANDO

Deteniéndose.

¿Qué?

MARIA

Se levanta y va hacia él.

¡Armando! ¿Qué? ¿Te vas?

ARMANDO

Sí.

MARIA

Tomándolo de un brazo.

No, eso no es posible. Tú no me abandonas. (*Le quita la valija*).

ARMANDO

¿Para qué quieres que me quede? Y ahora... que sucederá... lo que sucederá... ¿Qué es lo que quieres, después de todo?

MARIA

Hijo mío! Yo hice todo lo que pude. ¡Llegué a lo que nunca creí que llegaría! ¡a acusarle! ciega de amor

EDMUNDO BIANCHI

por tí. ¡No te vayas, Armando! ¡Eramos tan felices todos juntos! ¡Ahora comprendo que éramos felices!

ALICIA

*Entra con Bebe vestido como para salir.
Lleva sombrero.*

Armando, llévate a Bebe, que entretanto visto a Pilulo.

MARIA

*Besa con transporte a Bebe y lo retiene
contra ella.*

¡Alicia! Pero, entonces... ¿es verdad? ¿Se van todos? ¡Y me llevan a los nenes!

ALICIA

A Armando.

¿Cómo? ¿No se lo habías dicho?

ARMANDO

Ve a vestir a Pilulo. (*Mutis Alicia*).

MARIA

¡Armando, no! ¡No es posible! ¡Tú no querrás que yo muera!

EL HOMBRE ABSURDO

ARMANDO

Yo no lo he querido. Tengo mi conciencia tranquila.

MARIA

¡Eres cruel, Armando! ¡Oh, qué cruel! ¡Yo me vuelvo loca!

ARMANDO

Gritando.

Vamos, Alicia.

MARIA

Reteniendo a Bebe contra su pecho. Con un grito.

¡Ah, vete tú, si quieres, pero no me arranques al Bebe! ¡Oh, criaturita mía! ¡Criaturita mía! (*Váse a un rincón con el niño y solloza desesperadamente*).

ESCENA IV

ARMANDO — MARIA — PEDRO

ALICIA entra y sale.

PEDRO

Por izquierda, corriendo hacia María.

María, ¿qué pasa? (*Viendo a Armando que baja la*

EDMUNDO BIANCHI

cabeza y observando la actitud de María con Bebe). ¿Qué ha sido? (Adivinando que Armando se va). ¡Ah, lo comprendo! (Pausa). ¿Te vas?

ARMANDO

Sí.

PEDRO

Ahogando su inmenso dolor.

Yo no puedo ofrecerte nada para retenerte... Sólo podría pedirte... pedirte que te quedaras. Pero, si puedes ser feliz fuera de aquí, vete, hijo mío... Yo te ofrezco lo único que puedo darte: mi bendición. *(Se acerca como para besarlo, pero se detiene ante la actitud fría de Armando).*

ARMANDO

Con la cabeza baja.

Gracias.

PEDRO

Reteniendo sus sollozos.

No sé lo que será de mí, Armando; pero, esté yo donde esté, acuérdate que todo el amor de mi vida, que os lo prodigué, no bastó para evitar el infortunio... Pero yo soy inocente, soy inocente...

EL HOMBRE ABSURDO

ALICIA

*Sale con la Sirvienta, que lleva a Pilulo.
Esta váse por foro izquierda.*

Vamos.

ARMANDO

*Hace seña a Alicia de que calle, por Pedro.
Alicia levanta los hombros y va hacia
María para tomar a Bebe.*

Vamos, Bebe.

MARIA

Apretando al niño contra su seno.

¡No, no! ¡Pedro!

PEDRO

*Levantando la cabeza y viendo que quie-
ren llevarse al niño.*

¡Bebe! (*Este corre a sus brazos*).

ALICIA

Yendo hacia Pedro para tomarle al niño.

¡Vamos, mocoso!

EDMUNDO BIANCHI

BEBE

Se abraza a Pedro.

¡No, no! ¡Abuelito!

PEDRO

¡Ah, no! ¡Al Bebe, no! (*María ha llegado junto a él y los dos abrazan al niño*).

ALICIA

A Armando.

Bueno, ¿y ahora?

ARMANDO

¡Qué enojoso es esto!

ALICIA

¡La culpa la tienes tú! Yo me voy. (*Mutis*).

ARMANDO

Se acerca a María.

Mamá... Evitemos todo esto.

MARIA

¡No, al Bebe, no! ¡Tú no tienes derecho!

EL HOMBRE ABSURDO

ARMANDO

Duro.

¡Es mi hijo!

MARIA

¿Y tú no lo eres mío? ¡y te me vas! ¡No, no!

ARMANDO

Mamá... por favor!

MARIA

¡No, no! (*A Pedro*). ¡Pedro, impídelo tú! Pero, ¿es que te lo vas a dejar robar?

PEDRO

Armando, ¿no te conmueven nuestras lágrimas?

ARMANDO

Yo no tengo la culpa.

PEDRO

Sí, lo sé. La culpa es mía. (*Acercándose a Armando*).
¡Oh Armando! Tú no eres malo, tú no puedes ser malo...
Díme lo que intentas haciéndonos este daño...

EDMUNDO BIANCHI

ARMANDO

No intento más que irme.

PEDRO

No. No es esa la verdad. Tú quieres doblegar mi conciencia, sabiendo que mi voluntad es débil ante la dicha de los míos... Tenme compasión. ¡Me siento tan pequeño ahora! Mira que en toda mi vida no he tenido una sola falta, Armando!...

ARMANDO

Yo no puedo enseñarte el camino de tu deber.

PEDRO

Irguiéndose con iracundia.

¡Sabes hacer daño sin que te tiemble el alma!

MARIA

Asustada.

¡Pedro!

ARMANDO

Mamá... terminemos. Yo no quiero que se repita lo mismo de anoche. (*Se acerca para tomar al niño*).

EL HOMBRE ABSURDO

MARIA

Desesperada, defendiendo a Bebe.

¡No! (*A Pedro*). ¡Pero tú, Pedro, háblale de otra manera!... Es tu hijo... (*Acercándose a Armando*). Armando...

PEDRO

Agobiado por el esfuerzo.

Sí... sí... yo me arretrato... lo sé... ¡Pero es que sufro tanto!... (*Tose. Se lleva la mano al pecho, como si una enorme fatiga le quitara toda voluntad*). ¿Qué quieren de mí? Díganlo...

ARMANDO

Papá... Tú sabes que...

PEDRO

No, tú no. Ya sé lo que quieres... lo que todos los otros quieren... Pero tú, María... habla tú...

ARMANDO

Viendo que María no puede contestar, ahogada por el llanto.

Papá... No, déjame hablar... ¿Por qué martirizas

EDMUNDO BIANCHI

a mamá colocándola ante el dilema de tu vida y de tus hijos? Oyeme... Ayer... ayer no nos entendimos. Nos arrebatamos todos. Si me hubieras dejado hablar, yo te habría dicho lo único razonable, y es ésto: que tu virtud es heroica, es grande, es bella. Pero tú eres el único bueno y nosotros no podemos acompañarte en tu heroísmo. Antes, todos éramos buenos; lo sé. Pero antes no había peligro alguno, y entre tanto, no hicimos el aprendizaje del sacrificio... Ahora estamos hechos así... muy por debajo de tí... Nosotros no lo hemos querido...

PEDRO

Sí, lo sé. Es la terrible verdad. Yo no os enseñé el sacrificio. Y ahora me toca expiar mi error. Por eso quiero que me digas tú, María, tú...

ARMANDO

Pues bien. Díselo tú, mamá.

MARIA

¡Oh, yo soy una pobre mujer!... ¿Por qué he de ser yo?...

ARMANDO

Pero, ¿por qué no hablas, mamá? ¿No ves que nos estamos haciendo daño todos? Hemos llegado a esta si-

EL HOMBRE ABSURDO

tuación ridícula: ¡todos nuestros destinos están pendientes de un escrúpulo!

PEDRO

¡Ese escrúpulo vale más que todos los destinos!
¡Vete! ¡Vete!

ARMANDO

Como quieras.

MARIA

¡No, no! ¡Nunca! (*A Pedro. Junto a Armando*).
¡Oh! ¿Quieres que yo lo decida? Pues bien: ¡vale más un hijo que todos los escrúpulos!

PEDRO

¡Oh!

MARIA

¡Perdón, Pedro, perdón! Tú quisiste que hablara...
¡Pero yo quiero a mis hijos, a tus hijos, que esperan toda la dicha de nosotros!

PEDRO

¡Yo también los quiero!

EDMUNDO BIANCHI

MARIA

Sí, pero yo... Comprende mi situación: tu deber o mis hijos. ¡Mis hijos, siempre! ¡Nuestras adoradas criaturas! Pero piensa que yo, por más que te adore, no puedo posponer mi instinto a ninguna noción divina ni humana... Y luego... más tarde... cuando hubieras satisfecho tu orgullo... ¡sí, tu orgullo! ¿qué será de todos ellos? Si no tienen nada, nada... Si ni siquiera les hemos enseñado a pensar en el dolor! ¡En ese dolor que tú solo, ahora, puedes evitar!

PEDRO

¡Ay! ¡A costa de mi rectitud, que es mi orgullo!

MARIA

¿Y acaso yo no sacrifico tu amor, que es toda la dicha de mi pobre vejez? ¡Oh, Pedro, yo no sé nada... Yo no puedo ver lo que tú ves... Tú eres grande... y yo soy madre. Dios nos hizo así, ignorantes, sin más razón que el deseo ciego de conseguir, a costa de todo, de todo, la sonrisa de nuestros hijos!... ¡Por ellos, Pedro, todo por ellos, aunque nuestras dos vidas no tengan ya aquel crepúsculo plácido que esperábamos!... ¡Pedro, Pedro!...

EL HOMBRE ABSURDO

PEDRO

¡Oh, cómo sabe hablar en tí el oscuro genio de la especie, que todo lo avasalla para conquistar la vida!

MARIA

Yo no sé nada, Pedro... Pero tú me comprendes... Tú que lo sabes todo...

PEDRO

Sí! Saber... Delirar de orgullo... Y cuando se cree saberlo todo, viene el instinto eterno, nos habla con su lenguaje elemental, y todas las visiones de nuestro delirio se oscurecen... ¡Ay! ¿Por qué no habré muerto en plena embriaguez?

MARIA

¡Pero si todos hemos estado ebrios con tu embriaguez! Y ahora... ¿a qué volver la cabeza atrás? ¡Todos juntos, Pedro, todos juntos, rodeados de nuestros hijos!

PEDRO

Yo no sé más nada, María... Yo no quiero más nada... Dirije tú todas nuestras vidas... ¡La mía ya es una pobre cosa!

EDMUNDO BIANCHI

MARIA

¡Oh, sí, Pedro! ¡Déjame a mí hacer la felicidad de todos! ¡Oh, si la haré! ¡Y a tí sabré darte toda la dicha! ¡Mírame como soy feliz!... (*Transición. Acariciándolo*). ¡Dueño y señor mío!... Perdóname... Pero, ¿te das cuenta de mi dicha? ¡Todos aquí, en derredor nuestro, como antes! Sí, ya sé lo que dirás: “¿Y aquéllo?” ¡Oh, aquello no fuiste tú! ¡Tú eres limpio, eres inocente! ¡Fué el otro! ¡Pero él... él es un desgraciado! ¡Está allí esperando tu castigo! (*A Armando*). Tú, Armando... Vé a llamarlo. (*Mutis Armando*). Le pasarás una buena reprimenda... Pero perdónalo. Estoy segura de que él también está arrepentido... (*Poniendo a Bebe ante él*). Bebe... besa a tu abuelito... ¡Ya no te vas, criatura mía! Bésalo. (*El niño besa a Pedro. Este queda largo rato sobre la cabeza del niño, besándolo inconscientemente, con la mirada perdida en el vacío. María los abraza a los dos. Aparece Rogelio*). Pedro... allí está... perdónalo... Verás como él será bueno... Yo me encargaré... Te dejo con él... (*Se lleva a Bebe y, al pasar junto a Rogelio, junta ante él las manos en actitud de súplica. Rogelio le hace un gesto tranquilizador. Pedro queda con la vista vaga. Luego, como si una gran laxitud, un deseo de olvidar, le venciera, inclina la cabeza entre sus brazos, y queda así sobre el respaldo del canapé*).

EL HOMBRE ABSURDO

ESCENA V

PEDRO — ROGELIO

ROGELIO

Se acerca lentamente a Pedro, deteniéndose junto a él.

Esperé tu resolución toda la noche... Ya ves que no protesté. A mí, cualquier cosa me daba lo mismo... (*Pausa*). Armando acaba de decirme que María te aconsejó la resolución más sensata. (*Lo mira*). Estás sufriendo... lo comprendo! Porque, después de haber escuchado a tu mujer, has de ver la vida de otra manera. En estas cosas las mujeres saben más que nosotros... Ellas ven en la sombra... (*Pausa*). A mí no me sorprende que haya pasado lo que ahora pasa. Conozco a tus hijos mejor que tú. Y los hombres con pasta de apóstol no pueden tener hijos así... ¡Es que no deben tener hijos! ¡Nadie! ¡Solos! (*Pausa*). Si en lugar de hijos se pudieran engendrar almas, ¡pase! pero tú, que eres toda alma, ¿has sabido hacer un alma? (*Pedro tiene un gran estremecimiento. Rogelio pone más calor en su tono*). Sí, tú, que eres toda luz... ¿qué luz les diste a ellos?... (*Pausa*). ¡Bah! La luz es otra mentira. Somos ciegos. Lo que nos guía es el olfato del carnívoro... (*Pausa*). Ahora, lo que tienes que hacer tú, es ser razonable. Debes plantear tu caso en lógica pura: Si aquí hubo una mala acción, esa la

EDMUNDO BIANCHI

cometí yo, sin tu complicidad. El dinero fué de delito mientras estuvo en mis manos. Ahora pasa a las tuyas, puras y limpias, para dar de sí todo el beneficio que tus hijos esperan... Y ellos, ¡qué van a preguntar si ese bien que les vino es un mal! Siempre que se hace un mal, a alguien le reporta un bien... Ahora, ¡es claro! aquí, lo más lamentable es tu caso de conciencia... Tu conciencia es virgen! Para las almas románticas el summum de la grandeza es la virginidad... Pero, ¿qué es la virginidad? Una cosa bella e inútil. Es útil precisamente cuando deja de ser virgen, porque se fecunda y prolonga la vida... El rebaño de los hombres no cotiza nada que sirva de puro adorno. Y tiene razón: su instinto le dice que todas las purezas son infecundas, y con ellas la humanidad se acabaría... (*Se sienta. Mira largamente a Pedro*). ¡Hay que admirarse de lo sabio que es el genio que preside el destino de los hombres! En todo pone compensaciones, y aquí, en esta familia donde hay cosas tan hermosas y tan admirables como tu saber y tu bondad, que no sirven para nada, me puso a mí, un ser tan abominable pero hirviente de apetitos instintivos! Y cuando tú culminabas en tu grandeza suicida que va a llevar la disolución a tu hogar, mi instinto, en la sombra, trabajando con barro, te ofrece consolidar las bases de tu montaña!

PEDRO

¡Y decir que tenemos la misma sangre!...

EL HOMBRE ABSURDO

ROGELIO

La misma. Pero el genio de la familia dispuso de distinta manera un cristal de albúmina en la semilla generadora... y el destino se realizó: tú, el honrado; yo, el pillo. ¿Quién fué más afortunado en el sorteo? ¿El que vino a hacer el mal o el que vino a hacer el bien? A mí me tocó el mal; no me quejo. Alguien ha de hacer el mal.

PEDRO

Que ha ido olvidando su pena para observar a Rogelio. Con asombro y compasión.

¡Y lo dices así, con tanta resignación!

ROGELIO

Altivo.

¿Resignación? No. Respeto mi sino. No me resigno ni me avergüenzo. ¡Soy íntegro! ¡Tengo también mi orgullo!

PEDRO

¡Oh, Rogelio! ¿Te enorgulleces de tu perversidad?

EDMUNDO BIANCHI

ROGELIO

Casi con un sollozo. Con una leve flaqueza en su rígida línea cínica.

¡De mi perversidad!... ¡De la que me dió el destino! Y acaso tú, el afortunado en el sorteo, ¿no te enorgulleces de tu bondad? ¿Qué hiciste para tenerla, si la encontraste en la cuna?

PEDRO

Para sí.

Es cierto... Es cierto... ¿Y a qué ese vano orgullo de mi bien cuando el primer dolor me hace dudar?... (*A Rogelio*). Mientras tú... ¡tú no! ¡Oh, siento horror al decírtelo, pero te envidio!... ¡En tu orgullo siniestro, tú eres la grandeza! ¡Eres superior a mí! (*Se dobliega como humillado*).

ROGELIO

Pedro... Pedro... ¡Oyeme! (*Lo toma de los hombros, obligándolo a que lo mire*). Yo no soy el superior; no. Tú y yo estamos más allá del Bien y del Mal. Tú eres demasiado cumbre y yo demasiado abismo... Los dos demasiado lejos de la vida... ¡Dos monstruos! Pero tú estás en el momento en que puedes humanizarte... Déjate caer del lado del corazón... del lado de tus hijos. Enton-

EL HOMBRE ABSURDO

ces sentirás la dicha del equilibrio... Sí, el equilibrio es la vulgaridad... (*Dejando caer un brazo. Con voz extraña e impresionante*). Yo... yo moriré así, en mi grandeza paradójal, cada vez más abajo...

PEDRO

Sugestionado; mezclando una irresistible admiración a su intenso amor fraterno.

Rogelio... Rogelio... ¡Hermano!

ROGELIO

Con una leve sonrisa.

¿Ves si es duro el destino de las grandezas? ¡Felíz tú, que puedes llegar, aunque tarde, a ser hombre! (*Pausa. Mirándolo de una manera inusitada en él, con un pequeño temblor de emoción en la voz*). Comprendo... Tú quisieras que me acercase a tí, en este momento más que nunca... Yo lo hubiese también querido, siquiera para darle a tu corazón el consuelo que nunca sintió: el de mi fraternidad... (*Pedro, atraído por aquella desconocida insinuación de ternura, se acerca a él y le abraza*). Quisiera llorar contigo un poco, para hacerte feliz...

PEDRO

Apretándolo contra su pecho; sólo viendo

EDMUNDO BIANCHI

en este momento, en la emoción de Rogelio, la regeneración esperada.

Tito... Tito...

ROGELIO

Pero no me puedo acercar a tí... Nací viejo... Y ahora... Un malvado necesita toda una vida para expiar un mal...

PEDRO

¡Oh, no, Tito! Una palabra de arrepentimiento, una lágrima...

ROGELIO

Una vida entera para volver al bien... En cambio, para llegar al mal, un sólo instante basta!

PEDRO

Retrocede, como asqueado de sí mismo.

¡Oh, es cierto! ¡Es cierto! Toda una vida de bien, y ahora... ¡un sólo instante para ser un miserable! ¡Yo...! ¡Oh, no, no! (*Desesperado*). ¡Mi pureza, mi pureza!

EL HOMBRE ABSURDO

ROGELIO

Severo, enérgico.

¡Ahora estás delirando de orgullo! ¡Tienes envidia de mí! ¡Pero yo puedo ser grande, porque no tengo hijos!

PEDRO

¡Mi orgullo! ¿Y si fuera verdad? ¡La ambición de ser únicos a costa de la vida, del llanto de nuestras criaturas!... Pero, ¿es que los llamados de la ternura y las lágrimas de los hijos conspiran contra la pureza? ¡Y yo amo, amo a mis hijos, a todos los míos!... ¡Oh, mi corazón, mi pobre corazón!... Pero entonces, Señor, ¿qué quieres de mí?... ¿Dónde está el camino de la verdad? ¿Es que para ser superior no hay que tener carne que se estremezca de amor?... (Llora). ¡Señor!... ¡Señor!...

ROGELIO

Que se ha puesto de pie, orgulloso, inflexible en su siniestra superioridad. Con voz dura.

¡Para ser grandes, no hay que tener corazón!

EDMUNDO BIANCHI

ESCENA VI

PEDRO — ROGELIO — MARIA

MARIA

Entra segunda derecha. Con alegría.

Pedro... ya está Alicia en casa... (*A Rogelio*).
Rogelio... (*Mirando a Pedro, que tiene la cara entre las manos*). ¿Qué? ¿Qué pasó?... ¿No se entendieron?...
Pedro...

ROGELIO

Sí, sí. No hay más que hablar. Entendidos perfectamente. Todo arreglado.

MARIA

Por la actitud de Pedro.

¿Entonces?...

ROGELIO

Y, ¿qué quieres? ¿Que esté bailando? Estáte tranquila, que los cachorros se te quedan en casa.

MARIA

Apartándolo un poco.

Es que... ahí llegó Arce...

EL HOMBRE ABSURDO

ROGELIO

¿Y qué?

MARIA

No sé... No sé... Tengo miedo... Todos estamos temblando...

ROGELIO

¡Ah! ¿Vendrá a buscar el dinero?

MARIA

Sí, pero él... (*Señala a Pedro*).

ROGELIO

¿El?... El se lo dará... No ha pasado nada aquí.
(*Mutis*).

MARIA

Yendo hacia Pedro.

¡Pedro!...

ELVIRA

Desde la puerta.

Mamá... (*Le hace señas de que alguien viene y desaparece*).

EDMUNDO BIANCHI

MARIA

A Pedro.

Pedro... Oyeme... Yo quiero que sepas que nunca, nunca he sufrido tanto como ahora estoy sufriendo... *(Mira a la puerta, anhelante. Apresurando sus palabras).* Pero si Dios me diera, además, todo tu dolor, sería éste el día más feliz de mi vida... Pedro... Ahora... ahora vendrá Arce... Piensa en mí... Piensa en tus hijos que están ahí, esperando lo que será de todos... Piensa en tu hermano... Yo estaré allí, junto a la puerta... Quiero que me sientas cerca... ¡Señor! ¡Señor!... ¡Qué miedo tengo!

PEDRO

¡María!

MARIA

¡Pedro mío!

Viendo a Arce en la puerta. Con una transición de voz en la que toda su tragedia tiembla bajo el acento que finge naturalidad.

Arce...

EL HOMBRE ABSURDO

ESCENA VII

MARIA — PEDRO — ARCE

Arce aparece en la puerta del foro. Los tres quedan inmóviles. María, pálida, temblorosa, mirando ora con angustia a Pedro, ora con terror a Arce. Pedro, sin volverse a Arce, de frente al público. En su rostro se ve la tremenda lucha que se desarrolla en su alma. Arce lo mira con un poco de sorpresa y temor.

ARCE

Acercándose y viendo la actitud de Pedro.

Me dijeron que estaba usted un poco indispuesto...
¿Se siente mal?

MARIA

No, un poco de depresión... la cabeza... cansancio...

ARCE

Acercándose un poco más.

No sé si... Bueno, poco le molestaré.

EDMUNDO BIANCHI

MARIA

A Pedro, con angustia.

Pedro... el señor Arce.

PEDRO

Se vuelve con dificultad, sin levantar la cabeza, con un rictus de esfuerzo en su rostro.

¡ Ah, Arce!

MARIA

Se aleja, pero dejándose ver ostensiblemente por Pedro, a quien sigue mirando.

Con permiso...

Váse lentamente, quedando junto a la puerta izquierda, frente a Pedro, cuya mirada le ha ido siguiendo los pies.

ARCE

Detrás del canapé en que está Pedro.

Me han dicho que está usted algo enfermo... (*Pedro asiente con la cabeza. Arce, un poco sorprendido por su silencio. Hay una pausa. Pedro está tembloroso, como*

EL HOMBRE ABSURDO

esperando con terror las palabras de Arce). Usted trabaja demasiado, señor Valdivia... (Pausa. Más asombro de Arce. Queda indeciso. Parece que va a confesarle algo, pero no se decide por la actitud de Pedro. Saca el reloj, lo consulta y se decide). Son las ocho y media. (Pedro se estremece). Los obreros me estarán esperando... ¿Tiene ahí el dinero?

PEDRO

Se oye su respiración angustiosa. Se ve el esfuerzo formidable de su corazón sosteniendo el encontrado conflicto de sus sentimientos. Las manos parece que quisieran desgarrar su pecho. Al levantar la mirada, ve a María que le contempla con los ojos desencajados de sufrimiento. La ve como una dolorosa implorando toda su misericordia. Entonces, vencido, lamentable, con la mirada vaga, hace un gesto lento hacia la mesa, mientras algo se desgarrá sordamente en su pecho. Murmura:

Ahí está... (María se agarra a la puerta para no caer; ahoga un sollozo y váse).

ARCE

Se dirige al escritorio y, siempre con ges-

EDMUNDO BIANCHI

to de sorpresa por la actitud de Pedro, toma el dinero con lentitud, la mirada en otra parte, como pensando en cosas remotas. Mete el dinero en la cartera, sin contarle; luego esboza un mutis, pero se detiene, acercándose a Pedro.

Comprendo su actitud, señor Valdivia... Veo que está prevenido de lo que quería hablarle y, naturalmente, esta resolución mía le asombra después de mi confesión de antenoche... Para un alma como la suya mi resolución es un renunciamiento que, naturalmente, me empequeñece a sus ojos. Pero permítame que le diga que, de esta actitud, algo de culpa tiene usted... Lo que usted me dijo la otra noche es demasiado bello. Yo sentí el influjo de su grandeza... Y si no hubieran alcanzado sus palabras maravillosas, me hubiese bastado, para sugestionarme, el contacto de su vida inmaculada...

PEDRO

¡Oh, Señor!... ¡Señor!...

ARCE

Y fué recién esa noche, bajo la influencia de sus palabras, que comprendí que hacía tiempo la quería... Usted me hizo ver cómo yo no podía ser aquel ente absurdo que quería ser puro, pero que no contaba con su cora-

EL HOMBRE ABSURDO

zón. Y el corazón es el que nos vence a los que no somos más que humanos...

PEDRO

¡Sí! ¡Sí! ¡Es cierto!...

ARCE

¿Verdad que sí?... Entonces, era demasiado orgullo el mío al pretender esa grandeza a la que sólo pueden llegar las almas como la suya...

PEDRO

¡No!... ¡Se engaña... se engaña, Arce!

ARCE

Usted, que ha sabido crear afectos ideales que viven en la región inaccesible y que no piden nada a la materia para ser puros...

PEDRO

¡No! Se engaña, Arce!...

ARCE

Y, porque me hizo usted sentir la palpitación de un corazón que creía ya muerto, es que le venero más...

EDMUNDO BIANCHI

Me resigno a ser humano... Quizás ahora pueda volver a ser feliz, si, gracias a usted, puede ella traerme un poco de luz... (*Queda como esperando la respuesta*).

PEDRO

*Ya sin sufrir. Severo, como sintiendo
llegar de nuevo el dominio de su in-
tegridad.*

No. Su luz no está allí.

ARCE

Acercándose más a él.

¿Cómo? Si usted lo dijo... ¡Oh, si lo recuerdo!
(*Con calor, como evocando el recuerdo repentinamente y
sonriendo a su esperanza*). Su credo de amor: "Creo en
el poder fecundante de mi fé!... Creo en la luz que
está en mí... Creo que todo el amor de Dios viene al
alma del hombre cuando se siente arrebatado por la ter-
nura de los ojos adorados... y cuando vuela, ebrio de
ideal..."

PEDRO

¡Calla! ¡Calla!...

ARCE

¿Por qué? ¡Si ya no podría vivir de otra manera!

E L H O M B R E A B S U R D O

¡Si es por eso que he venido hasta usted: a pedirle mi felicidad, a pedirle a Elvira!

PEDRO

Con un grito, estallando.

¡¡No!!

ARCE

Asombrado.

¡Qué!... Señor Valdivia!

PEDRO

¡No! ¡No te la doy! ¡No! ¡Eres demasiado grande para ella!... Para mí... ¡Para todos!

ARCE

No entiendo...

PEDRO

Enfrentándose a él, de pie, poniendo una rodilla en el sofá.

¡No te la doy!... ¡Si ella te engaña! ¡Todos te engañan! ¡Yo te engañé!...

EDMUNDO BIANCHI

ARCE

Señor Valdivia!

PEDRO

¡Yo soy un miserable! ¡Tú, tú eres la grandeza!...
¡No bajes de tu torre! ¡No bajes hasta los hombres con-
taminados! ¡No tengas corazón! ¡Vete allá arriba! ¡Idea,
idea pura! ¡En la torre no tiemblan las carnes con las
abominaciones del instinto! ¡A Dios no se le ama con el
corazón sino con el espíritu puro! ¡y al Bien lo mismo,
porque Dios y el Bien no nos piden claudicaciones!

ARCE

*Pasmado de asombro, como si lo viera
enloquecido.*

Señor Valdivia!

PEDRO

Gritando.

¡Vete! ¡Vete a tu torre! ¡Vete al reino del absurdo!
¡Ama el amor casto de tus estrellas! ¡Y a tus pobres
muertos!... ¡a tus inocentes, que son los únicos que no
traicionan!

EL HOMBRE ABSURDO

ESCENA VIII

ARCE — PEDRO — MARIA — ARMANDO
ENRIQUE — ELVIRA — al final BEBE

MARIA

Entra corriendo.

¡Pedro! ¡Pedro!

PEDRO

A Arce.

¡Vete, que te engañan! ¡Te engañan! ¡Huye de ellos!

ARMANDO

Que entra con Elvira.

¿Qué? ¡Papá! ¡Papá!

PEDRO

Sollozando.

¡Vete! ¡A mí me han robado el alma!

ARCE

Mirando a todos.

¿Qué pasa? (*Armando lo lleva hasta la puerta del foro. Mutis Arce. Ha entrado Enrique.*)

EDMUNDO BIANCHI

PEDRO

Levantando la cabeza y no viendo ya a Arce. Corre como para alcanzarlo. Llamándolo a gritos.

¡Arce ¡Arce! ¡Sálvame! ¡Sálvame!

ARMANDO

Reteniéndolo.

¡Papá!

MARIA

Sollozando desgarradoramente.

¡Pedro!

PEDRO

Sostenido en brazos de Armando, con una voz humilde, infantil, implorante.

Armando... ¿dónde está mi alma? ¡mi pobre alma!
¡Dámela, hijo mío! (*Elvira cae llorando en una silla. Enrique baja la cabeza, lleno de dolor. Se oye el llanto de María.*)

ARMANDO

Vamos, papá... Ahora que todo está hecho, no
hagas el ridículo...

EL HOMBRE ABSURDO

PEDRO

Irguiéndose en toda la fiereza de su genio.

Rechazando violentamente a Armando.

¡Hienas! (*A todos*). ¡Fuera de aquí! ¡Fuera, todos!
(*Todos van retrocediendo. Vencido por el esfuerzo, sus piernas se doblan hasta que cae de rodillas*).

ELVIRA, MARIA Y ENRIQUE

A un tiempo y respectivamente.

—¡Papá!

—¡Pedro!

—¡Papá!

PEDRO

En el suelo, reanimándose, todavía con energía.

¡Fuera! ¡Monstruos! ¡Fuera! (*Entra Bebe corriendo y se detiene en medio de la escena, asombrado ante la actitud del abuelo*). ¡Fuera! (*Al ver a Bebe retroceder como los demás, asustado por el grito. Arrastrándose de rodillas hasta el niño y tomándolo en sus brazos*). No, tu no, Bebe... Tú no... (*Con voz implorante, ya desfallecida por el postrer esfuerzo*). Hijito... Corazón mío... Tú, que eres la verdad... ¡tú, que eres la ino-

EDMUNDO BIANCHI

cencia!... ¡Díme dónde está mi alma!... (*Bajando su cabeza hasta las plantas del niño y besándoselas con desesperación*). ¡Dímelo, criatura mía! ¡Dímelo!... Porque yo no sé más nada... más nada... más nada...

TELON



FIN

INDICE

PROLOGO

LAS VOCES DE LA VIDA	Pág. 11
-----------------------------------	----------------

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO:

LOS HOMBRES	" 21
--------------------------	-------------

CUADRO SEGUNDO:

LOS IDEALES	" 69
--------------------------	-------------

ACTO SEGUNDO

LOS INSTINTOS	" 91
----------------------------	-------------

ACTO TERCERO

LA VIDA	" 131
----------------------	--------------

Bianchi, Edmundo 1880-1965-



CUBIERTAS DE MARCO AURELIO BIANCHI

